

# Orígenes del movimiento socialista en Argentina. Prólogo. Capítulo I y II. (Texto inédito, y conforma parte de los borradores de su última investigación)

Ricardo Falcón  
CONICET- UNR





Como parte de la producción científica que integra esta Revista, hemos incorporado una serie de textos pertenecientes al fallecido historiador Dr. Ricardo Falcón. Los mismos, por un lado, reflejan las últimas investigaciones que Ricardo realizó en el marco del PID-UNR: “Movimiento Obrero y Política en la Argentina” que compartía con nosotros. Por otro lado, y también, estos escritos forman parte de una obra personal, más ambiciosa, que tenía por objetivo la realización de una Historia del Socialismo Argentino, y que lamentablemente ha quedado inconclusa. Se podrá advertir que en algunas de las páginas faltan citas o notas al pie, esto se debe a que este conjunto de textos constituyen versiones preliminares n proceso de elaboración. No obstante, consideramos que la publicación de los mismos, constituye un aporte de envergadura para el debate académico.

## Prólogo

El propósito general de este libro es abordar el estudio de los orígenes del movimiento socialista en Argentina; su transformación en partido; los momentos críticos de ese proceso; su inserción en el contexto más amplio del movimiento obrero y del conjunto de la vida política de la época y su consolidación, relativa, como estructura partidaria.

Por lo tanto, el punto de partida es la fundación, el 1° de enero de 1882, del club Vorwärts, de los socialdemócratas alemanes exilados en Buenos Aires. La elección de este momento como inicial es porque desde entonces se constituyó en el país un movimiento socialista que ya no tendrá solución de continuidad. Y el cierre, provisorio, se sitúa en el tercer congreso del entonces Partido Socialista Obrero Argentino, en 1900, porque se consolida como un partido moderno, es decir, programático y orgánico.

No obstante, esa consolidación fue precedida por algunas instancias previas de las cuales sobresalen el encuentro del grupo Vorwärts con el naciente movimiento obrero, en 1890; el comienzo de la transformación del movimiento en partido, en 1894; el congreso constituyente de 1896, que es el momento de la organicidad plena -se sancionan la Declaración de Principios, el Programa Mínimo y los Estatutos-; la escisión de la Federación Obrera Socialista Colectivista, en el segundo congreso de 1898; y su reintegro a la vida partidaria en el ya mencionado tercer congreso de 1900.

Sin embargo, los dos momentos clave de la periodización adoptada para este texto, el inicial de 1882 y el final provisorio de 1900, son susceptibles de ser sobrepasados, hacia atrás en un caso, hacia delante en el otro. En lo que hace al primero, porque en algunos aspectos, la frontera entre el naciente movimiento socialista y lo que denomino *prehistoria* del socialismo en Argentina es algo borrosa. Ciertos elementos de la vieja etapa subsisten durante un breve lapso en la nueva y, además, algunos de los intelectuales del naciente movimiento socialista procederán en los años noventa a bucear en esa prehistoria, para encontrar elementos históricos que les sirvieran como tradiciones legitimantes.

El corte final propuesto para el período también es susceptible de ser sobrepasado. Porque al mismo tiempo que cierra una etapa de la historia del movimiento y del partido socialista, ese momento de tránsito contiene en su seno los elementos que prefiguran la nueva etapa que se abre, la que va desde 1901 a 1912. Y es provisorio, porque esa etapa siguiente también debe ser abordada, lo que constituye una promesa para el futuro cercano.

En los años que van de 1881 a 1900 aparecen, a veces en gestación, otras plenamente, algunos de los problemas más importantes de la historia del socialismo argentino, como también de la del movimiento obrero y de la general, social y política del país. Uno de ellos es el de la relación entre movimiento obrero y movimiento socialista. En realidad, ambos nacen al mismo tiempo, en los comienzos de la década del ochenta del siglo XIX, e irrumpen conjuntamente en la escena social y política nacional, con el acto del 1° de mayo de 1890. Desde entonces, hubo un paralelismo en el desarrollo de esos dos movimientos, pero alterado por la frecuente aparición de incidencias recíprocas entre ellos.

Otra cuestión es la de cómo se va constituyendo en esa etapa la identidad socialista. Y para abordarla, propongo partir de la idea de que esa identidad se conformó tanto a través de la apropiación de



*tradiciones legitimantes*, algunas consideradas como herencia y otras como adquisición, como de la apropiación de la *experiencia* material y cotidiana de su sujeto social privilegiado: los trabajadores.

Entre las tradiciones que los intelectuales socialistas de los años noventa del siglo XIX consideraban una *herencia*, figuraban unas nacionales y otras internacionales. Las primeras venían de la prehistoria socialista del país, aunque a veces, no sin beneficio de inventario: la experiencia de las secciones argentinas de la Primera Internacional; la prédica de un abigarrado conjunto de periódicos y folletos genéricamente socialistas; la existencia de un movimiento mutualista de bases corporativas y la aparición, todavía en la década del setenta, de las primeras sociedades obreras de resistencia y de las primeras huelgas.

Las segundas proceden de la experiencia internacional del proletariado y son transmitidas, desde 1889, por los vínculos existentes con la Internacional Socialista, la Segunda Internacional y expresan -sobre todo- en el plano intelectual la tradición del marxismo. Ante la ausencia de tradiciones nacionales para recurrir ante los fenómenos de nuevo tipo que se iban produciendo, las analogías debían operarse necesariamente sobre las experiencias pasadas del proletariado en el campo internacional, especialmente el europeo. Es así que se encontrará a Germán Ave Lallemand intentando interpretar la Revolución del 90, en clave marxista y teniendo como telón de fondo el protagonismo del proletariado en el curso de una revolución burguesa, como había sido el caso en 1848 en Europa.

Pero habrá también apropiación de otras tradiciones nacionales que no podían ser consideradas como una herencia directa del proletariado. El caso más notorio es el del proyecto de identidad nacional forjado por la Generación del 37 y del cual Alfredo Palacios será uno de los principales exponentes de esa apropiación, expresada principalmente en su libro sobre Echeverría. Pero también Jean Jaures durante su visita a la Argentina hará una reivindicación de Juan Bautista Alberdi. Y habrá también una tarea *constructora* de tradiciones, como la lectura que hizo Juan B. Justo de las guerras civiles argentinas de la primera mitad del siglo XIX en términos de lucha de clases.

En lo que hace a la apropiación de la experiencia del proletariado, esta se expresará en los programas mínimos, que eran en realidad programas de agitación cotidiana en torno a las aspiraciones más inmediatas de los trabajadores. Pero, en este punto, la experiencia nacional también se nutría de la internacional, como en el caso de la demanda por la implantación de la jornada laboral de ocho horas.

El reconocimiento de un pasaje, en el cual actuó como bisagra la coyuntura de 1894, de una era movimientista a otra partidaria del socialismo supone una definición de las dos etapas. Por movimiento socialista debe entenderse a un conjunto de grupos de propaganda, núcleos organizados en torno a criterios etno-lingüísticos; sociedades de resistencia; organizaciones mutuales; redacciones de periódicos; asociaciones culturales e individuos, con distintos grados de coordinación, generalmente laxa e inestable, conectados en algunos casos con partidos socialistas extranjeros como el alemán, el italiano y el francés y, a partir de 1889, con la Internacional Socialista.

En el desarrollo del movimiento socialista en Argentina es posible señalar cuatro períodos: el primero, entre 1882 y 1887, que fue principalmente de propaganda y cuyo eje fue la actividad del club Vorwärts de los socialistas alemanes. El segundo, que va desde 1888 a mediados de 1890, es el del encuentro entre el movimiento socialista y el movimiento obrero y tuvo su momento más alto en la primera conmemoración del 1º de Mayo en ese último año. En el tercer período, la construcción de

un partido obrero se confunde con la del movimiento sindical. Así lo expresaba el periódico *El Obrero*, dirigido por Germán Ave Lallemand que se reivindicaba marxista e internacionalista y era a la vez el órgano de la Federación Obrera. Paradójicamente, este es un período de reflujos de las luchas obreras por los efectos locales de la crisis económica mundial de 1889, y el estancamiento de la organización sindical orientada por los socialistas abrió entre ellos un debate, que culminó con una escisión, temporaria, y la disolución de la Federación.

De esa crisis, nació la Agrupación Socialista transformada después en Centro Socialista Obrero y éste, junto a los grupos *Fascio dei laboratori* y *Les Egaux*, que congregaban respectivamente a los socialistas italianos y franceses residentes en Buenos Aires, constituyó el Partido Socialista Obrero Internacional, denominado un poco más tarde Partido Socialista Obrero Argentino. A partir de ese momento comenzó la *era partidaria* de la historia del socialismo argentino, que alcanzará su punto culminante en 1896, con la celebración del primer congreso, que al votar Estatutos, Declaración de Principios y Programa Mínimo, y designar al Comité Ejecutivo, dotó al partido de un máximo de organicidad programática.

En agosto de 1893 ocurrió un hecho de singular trascendencia: la incorporación a la Agrupación Socialista de Juan B. Justo. Esta incorporación trajo al movimiento socialista, más allá de la notoria incidencia de sus calidades personales, otros elementos políticos. En primer lugar, Justo era portador de una valoración de la Revolución del 90, que difería de la expuesta en las páginas de *El Obrero* por Lallemand.

Había sido miembro de la Unión Cívica de la Juventud, acudiendo, como muchos otros, a la convocatoria *antijuarista* formulada por Joaquín Barroetaveña, pero su adhesión, aunque comprometida, fue de corta duración. Se alejó de ese agrupamiento porque se había *infectado de virus faccioso y clerical, y nunca llegó a formular propósitos políticos sociales y concretos*. Precisamente su carencia de ejes y actividad programáticos, lo llevaría a incluirlo en la *política criolla*. Además Justo no participó en la conspiración previa, sino sólo como médico para atender heridos, en la sublevación de El Parque de julio de 1890, por su oposición a la intervención armada de los militares en política. Esto se debía a que la identificaba con las asonadas y cuartelazos que habían poblado la historia argentina del siglo XIX y también por su rechazo a las aventuras cesaristas como la del general Boulanger en Francia, la que había conocido en su primer viaje a Europa.

Justo insistía también en la constitución del socialismo en partido político y esto lo llevaba a situaciones conflictivas con dos tendencias fuertemente arraigadas en el movimiento. Por un lado, con la dominante hasta fines de 1892, que preconizaba una estrecha relación entre el partido y los sindicatos. Justo será favorable a la autonomía de las organizaciones gremiales respecto de la estructura partidaria. Por otro lado, mostraba cierta intolerancia hacia los particularismos étnicos, tanto en el socialismo como en el movimiento obrero. Al mismo tiempo, propugnaba con insistencia la realización de campañas por la naturalización de los extranjeros y la exigencia de tener los derechos políticos para quienes ocuparan altos cargos partidarios.

Además, Justo simbolizaba un fenómeno del cual, él no era el único protagonista. Desde 1894, comenzaron a desembarcar en las playas socialistas varios intelectuales, profesionales, periodistas y



estudiantes universitarios en su mayoría, que eran, también, expresión de un fenómeno de *argentini-*zación de las filas del movimiento. Rápidamente, algunos de ellos accederán a posiciones directivas.

Aunque el problema existiera desde antes, la llegada de estos intelectuales puso en evidencia la existencia de un sesgo elitista de pedagogía social, de jacobinismo intelectual combinado con cuotas significativas de cientificismo, de positivismo, en la concepción del mundo social, en el pensamiento socialista de la época. Por otra parte, este fenómeno no era exclusivo de los socialistas argentinos. También existía entre los anarquistas esa tendencia *tutelar* hacia las masas, tan preocupados como ellos, o más quizá, de volver *conscientes* a los trabajadores, naturalmente inconscientes, a través de la propaganda, incluida la *de los hechos*.

En la Segunda Internacional el rol privilegiado otorgado a los intelectuales, de guía de los trabajadores a través de su papel de elaboradores de la teoría revolucionaria, estaba plenamente presente en Kautsky y exacerbado en Lenin. Probablemente, hasta cierto punto, sólo Rosa Luxemburgo constituía una excepción. De cualquier manera, esa tendencia no dejará de provocar tensiones en el seno del partido socialista argentino, a lo largo de su historia.

Otro rasgo notorio del movimiento socialista y que persiste en los primeros momentos de su transformación en partido, es la adopción de criterios etno-lingüísticos de organización. Esto ya existía en el seno de la Primera Internacional, en Europa, debido, principalmente, a los frecuentes exilios. En Argentina se tradujo, entre 1871 y 1876, en la existencia de tres secciones, constituida sobre la base de nacionalidades extranjeras. Este criterio se veía reforzado en el caso argentino, porque la mayoría de los artesanos y asalariados urbanos de la época eran extranjeros. La lengua planteaba, ya en esa etapa de la prehistoria socialista, un problema de comunicación en el seno de la capa de trabajadores.

Estas formas de organización volvieron a darse en la década del ochenta, a partir de la creación en 1882 del Vorwärts que agrupaba a los socialdemócratas alemanes exilados. Después, también se organizarían con criterios etno-lingüísticos los socialistas italianos y franceses. No obstante, la cuestión iba más allá de la lengua, en tanto los alemanes y los italianos adoptaron los programas de sus respectivos partidos madre. A la hora del comienzo de la era partidaria del movimiento socialista argentino y por lo tanto de la elaboración de un programa nacional, esa circunstancia no dejó de provocar debates y marchas y contramarchas.

Otra de las grandes cuestiones polémicas del período fue la actitud adoptada por los socialistas frente a la cuestión nacional, que se presentaba con diversos ángulos de enfoque. El internacionalismo de los anarquistas era, en realidad, un *universalismo* que reconocía la existencia de diversas *regiones* que eran parte de una sola nación, la humanidad, del planeta Tierra. Por el contrario, el internacionalismo que profesaban los socialistas no les impedía reconocer la existencia de los Estado-Nación, de clases obreras nacionales y en consecuencia de partidos que debían elaborar programas adaptados a las circunstancias de cada nación, manteniendo al mismo tiempo una solidaridad fundamental con el proletariado del resto del mundo.

En la primera mitad del siglo XIX, la Generación del 37, había elaborado un proyecto de *identidad nacional*, de inspiración romántica y en una tradición que venía de Herder, que fijaba además de objetivos políticos para la futura formación del Estado-Nación, un plan global de impugnación de la herencia cultural hispánica, que incluía a la lengua, a la literatura y a las costumbres. La Generación

del 80 reformulará esa propuesta de identidad nacional, en la perspectiva de instaurar, sobre todo en el plano de lo simbólico, una base ideológica de dominación estable, como respuesta a la heterogeneidad social, étnica y cultural que la Gran Inmigración había instalado en Argentina.

Esto dio lugar a una empresa de nacionalización de las masas *desde arriba*, centrada principal, pero no únicamente, en el Estado, en la cual desempeñaron un papel de importancia las normativas sobre la enseñanza de la historia y la lengua; la liturgia escolar patriótica; el culto exacerbado de los símbolos patrios; las funciones educativas y culturales otorgadas al Ejército a través del servicio militar obligatorio desde 1901; la creación de arquetipos sociales literarios míticos, como el del gaucho o de los compadritos porteños; la defenestración de las ideas socialistas y anarquistas, caracterizadas como flores exóticas por el nacionalismo oligárquico; el menosprecio cultural por el *gringo*; entre otras iniciativas, de las cuales no fue ajena, tampoco, en la primera década del siglo XX, la Generación intelectual del Centenario.

Que esta tarea se llevara adelante, sobre todo, en el plano simbólico era una consecuencia de la impotencia de la oligarquía para establecer un régimen político que no tuviera bases hegemónicas de dominación. Esto se reflejó en los debates de comienzos de la década del noventa del siglo XIX sobre la naturalización automática de los extranjeros, como ocurrió en Estados Unidos. Finalmente esa posibilidad resultó frustrada porque las elites dirigentes no querían lanzar al mercado electoral una enorme masa de votantes, renunciando así, a construir un sistema político democrático liberal con vigencia plena.

Poco tiempo después, en la década del noventa, comenzaría otro proceso de nacionalización de las masas, pero *desde abajo*, intentado, especialmente, por los socialistas. El aspecto más saliente de esta actitud eran las campañas por la obtención de la naturalización por parte de los migrantes extranjeros, en la medida que la *acción política* que coronaba el planteo de la intervención del proletariado en la *lucha de clases* era el camino para alcanzar la plena vigencia de la nación.

En ese tránsito una medida de excepcional importancia fue la decisión de los primeros socialistas, todavía extranjeros en su mayoría, de editar *El Obrero* en lengua castellana -igual camino seguiría cuatro años después *La Vanguardia*- en una época en la que, hasta entonces, toda la prensa de esa corriente se había publicado en lenguas extranjeras -lo que era imprescindible para orientar al incipiente proletariado hacia la acción política. También, parte de ese proceso de nacionalización de las masas desde abajo, era la apelación a las ya mencionadas tradiciones anteriores de identidad nacional y de interpretación de la historia argentina del siglo XIX como lucha de clases.

Desde 1888 el socialismo argentino, el movimiento primero y el partido después, debió encarar una conflictiva relación con la otra tendencia del movimiento obrero, la anarquista, en la que se alteraron momentos de colaboración restringida con otros de abierta confrontación. En ese y los años siguientes hubo coincidencias limitadas al encarar de conjunto la primera gran oleada huelguística que producía el naciente movimiento sindical. Fue la época de la estadía argentina de Malatesta. Estos acuerdos precarios se prolongaron hasta la conmemoración conjunta del 1° de mayo de 1890, en Buenos



Aires y Rosario, aunque con consignas separadas. E incluso un sector anarquista, el más proclive a la participación en instancias orgánicas, militó un tiempo dentro de la Federación Obrera.

A partir de mediados de ese año, ambos movimientos se distanciaron, por razones que incumbían a los dos. Del lado de los socialistas, la orientación impresa a la federación de gremios, muy semejante a lo que podría considerarse un *partido laborista* de definición programática de contenido socialista y que reivindicaba expresamente su vinculación con la Internacional, dificultaba enormemente la colaboración con los anarquistas pro-organización. Del lado de los anarquistas, el predominio del sector anti-organizador, en coincidencia con el periodo más agudo de la crisis económica, que había provocado un reflujo en el movimiento obrero, ponía trabas de envergadura a cualquier acción de conjunto.

No obstante, a partir de 1894, se va configurando un panorama distinto, caracterizado por cuatro fenómenos en el plano del movimiento obrero: una reactivación de las luchas obreras; la rectificación de la anterior estrategia socialista que implicaba una estrecha relación entre partido y sindicatos; el auge de los sectores anarquistas más inclinados a participar en las luchas sindicales; el surgimiento de una corriente de sindicalismo *autónomo*, no enrolada en el anarquismo ni en el socialismo; y el inicio de los primeros debates públicos en torno a la necesidad de la huelga general.

Entre ese año y el fin del siglo, las relaciones entre anarquistas y socialistas se expresaron en dos planos diferentes. Uno, en el que predominaban las iniciativas de los antiorganizadores, se caracterizaba por las frecuentes provocaciones hacia los socialistas, irrumpiendo en sus reuniones públicas. Otro, en el que los elementos "organizadores" marcaban el rumbo, de formas acotadas de colaboración en terreno sindical y de debates más serios entre ambas tendencias, siendo el más notorio, el sostenido entre José Ingenieros desde *La Montaña*, periódico que se denominaba *Socialista Revolucionario* y John Creaghe, desde *El Oprimido*, uno de los portavoces del ala pro-organización del anarquismo.

De conjunto, la discusión entre las dos tendencias mayoritarias del movimiento obrero de entonces, se sostenía entre la postura *antipolítica*, reflejada en su reivindicación de la *acción directa* de los anarquistas y el planteo de *acción política* de los socialistas. En el trasfondo estaba la ya "vieja" polémica que había atravesado la Primera Internacional entre bakuninistas y marxistas, si el factor determinante de la desigualdad social era la *opresión* y en consecuencia el enemigo fundamental era la Autoridad y su máxima expresión el Estado, el cual debía ser abolido, como afirmaban los primeros o lo era la *explotación* que la burguesía ejercía sobre el proletariado y por lo tanto debía ser expropiada, utilizando en el camino hacia la sociedad comunista, a una forma estatal, la dictadura del proletariado, para asegurar la revolución triunfante.

En el centro del periodo en estudio -y no sólo cronológicamente- se encuentra el congreso de 1896, que ha recibido, al menos, tres denominaciones: primer congreso, congreso constituyente y congreso de fundación. La tercera, muy frecuente en la literatura sobre el socialismo argentino, no es en absoluto inocente. Implica ignorar, o por lo menos relativizar, el complejo proceso de construcción partidaria que se desarrolló desde comienzos de la década del ochenta del siglo XIX. Y esta nominación se acompaña, usualmente, con la atribución a Juan B. Justo del papel de fundador.

Ese congreso puede ser considerado constituyente, en la medida que con la votación de la Declaración de Principios, Programa Mínimo y Estatutos, culminó el proceso de dotación de organicidad al

partido, que se había iniciado en 1894. No obstante, es importante también porque los documentos adoptados terminaron por delinear, casi definitivamente, una estrategia global, que signará la vida partidaria durante las cuatro primeras décadas del siglo XX. El "casi" restrictivo alude a los debates que se dieron en el congreso y cuya resolución implicó alteraciones al proyecto original presentado por Juan B. Justo. No obstante, la vigencia de esas objeciones fue transitoria.

Tres fueron los principales debates que tuvieron lugar en torno al primer congreso. Dos de ellos se realizaron durante las sesiones y el tercero por fuera de ellas. La primera de esas discusiones se centró en torno a la posibilidad de hacer alianzas con otros partidos, que fue rechazada por Ingenieros y Lugones, que lograron finalmente obtener mayoría en la votación sobre el punto. La segunda tuvo como impugnadores a los mismos protagonistas, que también triunfaron y fue la relativa a lo ineluctable del empleo de la violencia para obtener la posesión del poder político.

Sin embargo, quienes apoyaron las dos mociones no fueron siempre los mismos, con lo cual no puede afirmarse que en ese congreso Ingenieros y Lugones representaran realmente una tendencia orgánica entre los congresales. Sin embargo, esa tendencia, el *Socialismo Revolucionario* se constituyó después y expresó a través del periódico *La Montaña*, en el curso de 1897. Pero ambas proposiciones fueron reconsideradas por el segundo congreso de 1898.

El tercer debate comenzó con un rechazo del Centro Socialista de Barracas a la obligatoriedad de tener la ciudadanía para poder ejercer cargos políticos expectantes en el partido. Esta discusión se replanteó en el congreso de 1898 y dio lugar a la segunda escisión socialista de la década, la de los centros que formaron la Federación Obrera Socialista Colectivista, que también fue temporaria, porque sus miembros se reintegraron al partido en el tercer congreso de 1900.

La corta vida de esta organización disidente constituye la primera manifestación de una fuerte tensión que recorrería gran parte de la historia socialista, entre lo *corporativo* y lo *político* en su seno. Los colectivistas oponían a las campañas por la naturalización de los extranjeros con el fin de que obtuvieran los derechos electorales, la previa consolidación de la lucha por los intereses económicos de los trabajadores. Aunque con fundamentos ideológicos diferentes, esta tensión se expresaría en ocasión de la escisión de los Sindicalistas Revolucionarios en 1906 y todavía, con las nuevas divisiones que se producirían a comienzos de la década del cuarenta del siglo XX.

## La historiografía del socialismo

La historiografía del socialismo argentino revela la existencia de un amplio campo de debate ideológico acerca de su periodo formativo. Las primeras versiones de la historia socialista, especialmente la crónica de los primeros momentos realizada por Jacinto Oddone en **Historia del socialismo argentino**, pondera el rol de Juan B. Justo y sus colaboradores, pero sin dejar dar noticias sobre la existencia



de otras variantes de ese contradictorio proceso constitutivo. Sin embargo, en **Gremialismo Proletario** esa participación aparece más diluida.

Entre quienes optaron por la vía apologética de Juan B. Justo, sobresalen los trabajos históricos de Luis Pan, tanto en **Juan B. Justo y la fundación del partido socialista**, como en **Justo y Marx** y en **Juan B. Justo y su tiempo**. Si bien el tono general de la obra de Pan es de realce de la figura de la figura de Justo y soslaya el papel desempeñado por el Vorwärts, Lallemand, *El Obrero*, la Agrupación Socialista y el de las oposiciones de los Socialistas Revolucionarios y de los colectivistas, incorpora informaciones valiosas y análisis críticos inteligentes.

Uno de los ejes de este autor -una suerte de contracara de los reproches de *proberstenianismo* que formularan a Justo sus críticos disidentes socialistas, comunistas, escindidos del PC, trotskistas y nacionalistas varios- es su insistencia en la similitud de pensamiento entre el líder socialista argentino y el revisionista alemán del marxismo. La diferencia en el caso de Pan es que la valoración de esa supuesta identificación de Justo con Berstein es altamente positiva. Lo que subraya especialmente en la vocación revisionista de éste último, es su tarea de quitarle cariz dogmático a la teoría marxista. Incluso el tercero de los textos citados de Pan fue editado en 1991 y su contenido revela el conocimiento que tenía de los debates europeos en torno a la *crisis del marxismo*, además de la referencia a textos críticos de Maximilien Rubel.

No obstante, la visión de Pan merece dos repartos. Es cierto que Justo después de haber afirmado que al hacerse socialista no era marxista, reconoce los aportes que recibió de las teorías económicas de Marx, de quien como se sabe, tradujo el primer tomo de **El capital**. Sin embargo, no estaba en su interés la revisión del marxismo y por otra parte, como lo han señalado otros autores, son escasos los elementos para suponer la identificación que preconiza Pan.

En la producción historiográfica de Dardo Cúneo, particularmente en **Juan B. Justo y las luchas sociales**, en **El romanticismo político** y en "Las dos corrientes del movimiento obrero en el 90" hay aportes importantes para el conocimiento del conjunto del período formativo del socialismo argentino. Sus trabajos implican un rescate global de la tarea constructora de Justo, aunque no exenta de observaciones críticas. Su valorización del rol de Ingenieros abrió el camino para investigaciones con análisis más complejos sobre la cuestión. Finalmente, su sugerencia de la existencia de una cierta confluencia entre la Unión Cívica y los socialista del noventa, aunque poco fundamentada, se colocó en el centro de una polémica al respecto.

**La hipótesis de Justo**, de José Aricó, significó, sin duda, un punto de inflexión en la historiografía socialista, por su carácter innovador y la amplitud de temas que críticamente aborda. Este trabajo supera en varios sentidos los objetivos y el período que he fijado para este libro, en la medida que no es y no tenía la intención de serlo, en sentido estricto, un texto de historia del socialismo argentino. Las referencias directas al período prejustista son escasas y no siempre precisas. No obstante, es clara la impugnación de la capacidad de la Segunda Internacional y especialmente la de la "doctrina alemana", para percibir la complejidad del proceso constitutivo de la clase obrera y los sectores populares en el continente americano, a la que contraponen los análisis últimos de Marx y Engels.

El eje del interés del libro de Aricó, como su título lo indica, es la consideración del pensamiento de Juan B. Justo y, en particular, lo relativo a su estrategia de construcción de un partido socialista. La

creatividad de Justo consistiría en haber escapado al dogmatismo de los análisis que la socialdemocracia alemana convirtió en patrimonio de casi toda la Segunda Internacional europea y Aricó subraya la afinidad entre las postulaciones justistas y la de Jean Jaures. Señala también lo que entiende fueron los méritos y las limitaciones en la tarea que Justo se había propuesto y, entre los últimos, incluye la imposibilidad de haber conformado a partir de la clase obrera un bloque social histórico hegemónico.

También dentro de la tradición “gramsciana” argentina, se sitúa la biografía de Juan B. Justo, elaborada por Juan Carlos Portantiero. Da cuenta que Lallemand fue el primero en intentar fundar explícitamente un análisis marxista de la realidad argentina. Analiza, luego las consideraciones del director de *El Obrero*, sobre la Revolución del 90, a las que califica como dogmáticas en la adopción de la fraseología marxista, que aparecía como un eco de la ortodoxia socialdemócrata alemana.

Víctor García Costa en la introducción a **El Obrero: selección de textos** sitúa plenamente a Lallemand en la ortodoxia marxista finisecular y afirma que la fundación del Verein Vorwärts y sus actividades nacionales e internacionales fueron el punto de partida del movimiento obrero y del socialista. No encuentra contradicciones entre la profesión de fe marxista que hacía Lallemand y su participación en listas del radicalismo puntano. Argumenta que en San Luis no había socialismo.

Emilio Corbière por otros de sus trabajos y por el prólogo que hace a **La Asociación Vorwärts y la lucha democrática en la Argentina**, de Alfredo Bauer, admitiendo los matices que supone su enfoque, puede ser incluido en la historiografía socialista. Afirma en ese texto que los planteos de Lallemand y los marxistas del Vorwärts, sobre la revolución contra Juárez Celman deben ser analizados a partir de la oposición entre capitalismo extranjero y socialismo. Luego de recordar el contenido de los análisis que aquellos hacían sobre el radicalismo inmediatamente posterior al Noventa, sostiene que intuían las posturas que luego iba a desarrollar el yrigoyenismo y que por eso no descartaban una alianza con esos sectores populares que expresaban los intereses de las capas medias y la burguesía nacional.

Tulio Halperín Donghi en un texto de análisis complejo, “¿Para qué la inmigración?”, incorporado luego a **El espejo de la historia** que, sin duda, no puede ser encasillado en ninguna de las tres corrientes historiográficas que con mayor frecuencia se ocuparon de la cuestión, la socialista, la que tiene su origen en la visión del partido comunista y la nacionalista, también aborda las relaciones entre el socialismo del siglo XIX y las modificaciones introducidas por la presencia inmigratoria. El autor sostiene que los dirigentes del partido socialista eran casi todos extranjeros, lo cual revela que se está refiriendo al período posterior a 1894 y no hay, en consecuencia, una consideración de la etapa marcada por la presencia de Lallemand y *El Obrero*.

No obstante, el artículo de Halperín Donghi ensaya una explicación de la política socialista hacia la inmigración, que fue novedosa en el momento de su publicación, pero que hoy constituye un análisis “clásico” de la historiografía argentina. En esa hipótesis, Juan B. Justo partía de la propuesta de Sarmiento de la necesidad de nacionalizar a los extranjeros, en la medida que postula al partido socialista como el instrumento para integrar a la clase obrera en el sistema político argentino. Sin embargo, Justo se apartaba de Sarmiento, al ver al Estado como un agente de una clase terrateniente cuyo parasitismo tenía consecuencias más graves que las que aquél había denunciado Sarmiento. Por



lo tanto, para Justo, el problema estaba constituido no sólo por una defectuosa organización política sino por el conjunto de la estructura social argentina.

Un texto que tampoco puede ser encasillado en las corrientes antes citadas, pero que tiene un abordaje diferente al precedente, es **De los Montoneros a los Anarquistas**, de David Viñas. El libro, dedicado a la memoria de Simón Radowitzky, toma partido decidido por los anarquistas contra los socialistas en sus disputas decimonónicas, aunque no expone coincidencias o disidencias, con los basamentos teóricos de los primeros. De Lallemand hace una presentación de tono neutro mostrándolo como la figura opuesta y a la vez complementaria de Malatesta en los momentos iniciales del movimiento obrero.

Sin embargo, señala la llegada al Río de la Plata de la influencia de la Segunda Internacional portadora, a través del socialismo alemán, de un positivismo, electoralismo y reformismo, caracterizado también por un *reflexionismo cauteloso* opuesto a todo *emocionalismo primitivo*. A pesar de eso, Viñas afirma también, contradictoriamente, que no es casual que los marxistas del Vorwärts, a los que considera la vanguardia real del proletariado inmigrante, impugnaran el reformismo justista y se escindieran por *la izquierda* en 1918. De esta manera, se encolumna, también, en la larga fila de los que sostienen la existencia de una continuidad virtual entre los marxistas socialdemócratas alemanes de 1890 y la formación del partido comunista veintiocho años después.

Pero el eje de la crítica anti-socialista de Viñas es, claramente, Juan B. Justo, a quien le atribuye reformismo y electoralismo; tener actitudes antiimperialistas, pero no una teoría del antiimperialismo y por lo tanto la imposibilidad ideológica de sobrepasar los límites de la ciudad-puerto, desbordando, apenas, la concesión que le hacía el sistema de ser el ala izquierda del conservadorismo.

Una de las corrientes críticas que buscó legitimación de su propia existencia en la historia socialista fue la de los historiadores del Partido Comunista, que, como se sabe, se conformó con dos tandas de escindidos del socialismo. El soviético V. Ermolaiev extendió su búsqueda de antecedentes marxistas al período de la Primera Internacional, exagerando el papel ideológico de esa corriente en el seno de las secciones locales de los internacionalistas y la consistencia de clase obrera de las primeras manifestaciones mutualistas de los trabajadores argentinos.

No obstante, fue en torno a la figura de German Ave Lallemand y el periódico que se centraron los historiadores del partido comunista argentino, particularmente Leonardo Paso, en buscar un antecedente marxista para esa corriente política, diferenciado de lo que consideraban el reformismo de Juan B. Justo. También en esa dirección apuntaron otros dos historiadores que hicieron aportes pioneros en torno a esa cuestión y al conjunto del periodo que aquí me ocupa: José Ratzer y Julio Godio. A diferencia de Paso, los dos últimos estaban en procesos de ruptura con la tradición ideológica e historiográfica del PC, con mayor o menor grado de consumación, según se puede leer en las entrelíneas de sus textos.

## Capítulo I

### La prehistoria del socialismo en Argentina (1857-1881)

El nacimiento de un *movimiento socialista* que ya no tendrá solución de continuidad, puede fijarse formalmente el 1° de enero de 1882, con la creación del *Verein Vorwärts*, el club de los socialdemócratas alemanes exilados en Buenos Aires, tras escapar de las persecuciones bismarckianas. Cuando este movimiento estaba en el tránsito hacia su constitución como partido, en la década del noventa del siglo XIX, algunos de sus militantes percibieron la necesidad de fundamentar, también, su legitimidad en el plano histórico, redescubriendo tradiciones anteriores que le fueran afines. Cupo esta tarea, sobre todo, a dos jóvenes integrantes del recientemente creado, en 1894, Centro Socialista Universitario, José Ingenieros y Ángel Giménez<sup>1</sup>.

Apareció así a la luz, lo que puede denominarse como la *prehistoria* del socialismo en Argentina: las primeras organizaciones obreras mutualistas; periódicos genéricamente social-republicanos de matices varios; la presencia de intelectuales extranjeros como Victory y Suarez y Serafín Álvarez y particularmente la existencia de secciones en Argentina de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), conocida también, como Primera Internacional, entre 1871 y 1874. También, hacia fines de la década del setenta, las primeras huelgas y tentativas por crear organizaciones sindicales<sup>2</sup>.

Para invocar como propia esta tradición anterior, los socialistas de los noventa tenían dos razones probables. Por un lado, podían exhibir ese conjunto de actividades culturales y políticas como expresión de la capa de artesanos y asalariados de la época, que formaban parte de lo que hoy solemos denominar *sectores populares* y que pueden ser considerados en una de sus partes, como antecesores de una clase obrera que estaba adquiriendo identidad propia. Por otro lado, podían argüir que, desde el punto de vista político y sobre todo las secciones de la AIT, tenían una filiación marxista, de la cual muchos de los socialistas se sentían continuadores. Pero también, reconocer antecedentes más remotos en militantes, agrupamientos y periódicos que podían ser englobados en lo que Marx y Engels habían denominado *socialismo utópico*. Dicho de otra manera, esa tradición constituía antecedentes para dos fenómenos emergentes entre fines de los ochenta y comienzo de los noventa, en forma casi paralela: el movimiento obrero y el movimiento socialista. Por lo tanto, se impone revisar esa herencia aceptada por el movimiento socialista del siglo XIX, que de alguna manera condicionaba su constitución, en la década del ochenta.

Las primeras manifestaciones de esa prehistoria socialista se encuentran en las organizaciones mutuales estructuradas por oficio, nacidas en la década del cincuenta y de las cuales la más importante y la que única que tuvo una larga continuidad fue la Sociedad Tipográfica Bonaerense (STB), fundada

1. INGENIEROS, José, *Almanaque Socialista para 1899*, Buenos Aires, 1898 y GIMÉNEZ, Ángel, *Páginas de historia del movimiento social en la República Argentina*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1927.

2. Véase: FALCÓN, Ricardo, *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, CEAL, 1984 y FALCÓN, Ricardo, "Los trabajadores y el mundo del trabajo" en *Nueva Historia Argentina*, t. IV, Marta Bonaudo (dir.), Buenos Aires, Sudamericana, 1999. En esos dos textos he analizado detalladamente ese período desde el punto de vista de la historia de los trabajadores y del movimiento obrero. Por lo tanto, aquí me limitaré a señalar sus principales características como fenómenos antecedentes del movimiento socialista.



en 1857. En la misma época floreció, también, otro tipo de sociedades mutuales, las que, con criterios étnicos, se organizaron sobre la base de identidades extranjeras nacionales o regionales.

Las segundas también comprendían a trabajadores manuales, pero en ellas la identidad social aparecía diluida en el marco de la étnica. La dirección de esas asociaciones estaba en manos de las élites extranjeras que establecían relaciones clientelares con los trabajadores asociados en su seno, al mismo tiempo que, a veces, tenían contactos políticos con distintas fracciones oligárquicas nacionales.

Por el contrario, las primeras, es decir, las gremiales, al estar estructuradas sobre un tipo de inserción de la actividad económica, de sus afiliados, facilitaron, en algunos casos, su transformación en sociedades de resistencia, con un perfil reivindicativo más nítido. El ejemplo más claro es el de la propia STB, de la cual saldrá en 1878, la Unión Tipográfica, protagonista de la primera huelga documentada de la historia argentina.

Estas menciones nos remiten a un gremio de particular relevancia en toda la segunda mitad del siglo XIX: los tipógrafos. Este gremio desempeñó un papel de vanguardia en la constitución del movimiento obrero argentino, que se extendió incluso a la primera década del siglo XX, cuando fue el primero en establecer convenios colectivos de trabajo renovables periódicamente. Este rol fue facilitado por el hecho de que sus miembros fueran en un alto porcentaje argentinos de nacimiento -a los que se sumaban algunos españoles- lo que implicaba una menor presión de las comunidades organizadas por nacionalidades extranjeras.

Y aquí se revela, una vez más, la importancia que el factor de la lengua tenía en esa época, en una capa de trabajadores constituida mayoritariamente por inmigrantes extranjeros. En efecto, el oficio de tipógrafo requería un cierto dominio del idioma castellano, el cual debían leer y escribir correctamente, lo que no era frecuente entre los asalariados y artesanos, argentinos o no. Esas condiciones convertían a los tipógrafos en una suerte de elite entre los trabajadores de la Argentina. El gremio desempeñó, también, un papel relevante en el establecimiento de las primeras relaciones con la Primera Internacional.

También en la década del cincuenta del siglo XIX apareció en Buenos Aires una literatura producida por afro-argentinos de descendencia, como lo ha estudiado George Reid Andrews<sup>3</sup>. Entre los numerosos periódicos editados por la comunidad negra sobresale *La Juventud* que representaba una tendencia más radicalizada que reivindicaba los derechos de los trabajadores de ese sector étnico, que en un lenguaje de inspiración marxista o socialista, intentó dar un tono clasista a esos intereses. No obstante, el desplazamiento de los trabajadores negros de las actividades productivas hacia otras del sector servicios y los empleos públicos poco calificados, facilitado esto último por su condición de argentinos nativos, impidió que esa tendencia se prolongara en el tiempo.

En la década del sesenta del siglo XIX aparecieron periódicos que pueden ser calificados como genéricamente socialistas y que algunos casos ya revelaban contactos con la AIT, sobre todo con sus secciones españolas. En 1863, vio la luz en Buenos Aires *El Artesano*, dirigido, entre sus números 8 y 18, por el tipógrafo catalán Bartolomé Victory y Suarez, que había militado en organizaciones obreras en España, colaborado en varios periódicos, tenía estrechos vínculos con la masonería, había llegado

---

3. ANDREWS, George Reid, *The Afro-Argentines of Buenos Aires*, Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 1981.

a la Argentina hacia 1860 y configuraba un claro ejemplo de un tipo de intelectuales autodidactas de origen obrero, que habría en los movimientos socialista y anarquistas durante toda la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX.

*El Artesano* se presentaba como *Semanario Enciclopédico* fijándose como propósitos abarcar una amplia gama de temas: desde *artes, industria y economía* hasta *administración, higiene y demás conocimientos útiles*. En sus páginas escribían colaboradores de diversas tendencias, en su mayoría liberales o socialistas, tales como Amadée Jacques, Alexis Peyret, Martin de Moussy, A. Estrada y Francisco Bilbao. Esto no indicaba que hubiera en torno al periódico un verdadero núcleo de intelectuales, sino que muchos casos se trataba de autorizaciones para reproducir artículos. El periódico afirmaba dirigirse en particular a tres sectores productivos, los *obreros*, los *artesanos* y los *industriales* que aparecían definidos en común como: *Estos hombres que pasan todo el día en el trabajo de su profesión, para ganar el sustento de su familia*<sup>4</sup>.

Esa ambigüedad se reflejaría frecuentemente en sus distintos números y parecería ser un producto del escaso grado de diferenciación interna que existía en la masa de trabajadores manuales en esa época. Sin embargo, los redactores se autodefinían como obreros y en sus últimas apariciones lamentarían no haber podido alcanzar más un tercio de trabajadores entre sus suscriptores. El periódico llamaba a los trabajadores a un esfuerzo común para construir la *nación*, el que debían combinar con sus exigencias de mejoramiento de su nivel de vida. Se trataba de conciliar los intereses de los inmigrantes con los del país y en este marco recomendaba a los trabajadores no inmiscuirse en política. Se debe suponer que este llamado se refería a los avatares entre las distintas fracciones de las elites, en la medida que consideraba que los levantamientos del Chacho Peñaloza eran perturbadores de la paz social.

Según Diego Abad de Santillán, Victory y Suarez profesaba un socialismo humanitario producto de lecturas de obras del español Fernando Garrido<sup>5</sup>. Editó en 1864 **El comunismo** de Etienne Cabet, en forma anotada y comentada. En una de esas notas se autodefine ideológicamente: *No soy comunista, pero soy socialista; no soy partidario del sistema monacal, pero lo soy del otro*<sup>6</sup>. Además tuvo activa participación en el seno de la Sociedad Tipográfica Bonaerense, en cuyo periódico *Anales*, escribía con frecuencia.

Precisamente, en *Anales* se encuentran textos de Victory y Suarez que contribuyen a la delimitación de sus ideas políticas. Exhibiendo un cierto evolucionismo organicista, que compartía con otros militantes de la época, sostenía que la *asociación* era la base fundamental de todo lo que existía en la sociedad y también en la propia naturaleza. Ese principio había inspirado a la revolución francesa de 1789, cuando millares de individuos se habían asociado para liberarse de la servidumbre. No obstante, en la medida que ese episodio había resultado en un reparto desigual de sus frutos, se imponía un tipo de organización social basada en el principio de la cooperación recíproca de la *doctrina de*

4. CÚNEO, Dardo, *El primer periodismo obrero y socialista*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1945.

5. ABAD de SANTILLÁN, Diego, *El movimiento anarquista en la Argentina. Desde sus comienzos hasta el año 1910*, Buenos Aires, ARGONAUTA, 1930.

6. FALCÓN, Ricardo, *Los orígenes...* ed. cit. nota 45, p. 106.



*todos para cada uno y cada uno para todos* a través de la cual *el asociado pueda contar con el producto íntegro de su labor*. Sin embargo, para arribar a ese objetivo final, debían recorrerse antes varias etapas orgánicas que incluían la organización de los asociados en gremios, profesiones, industrias y otras formas corporativas y luego para el consumo propio. Además, la *libertad* era un elemento fundamental para asegurar la emancipación de los trabajadores y que les permitiría ser libres *política y socialmente hablando*<sup>7</sup>.

También hay posturas similares en una Memoria de la Sociedad Tipográfica Bonaerense, presentada en 1862 por el entonces presidente de esa entidad, Lucio Dolsei Fontanel. En ese texto se afirma que la asociación es *la idea que marcha a la vanguardia de la civilización universal*<sup>8</sup>. Diez años después, *La Federación* de Barcelona reproducía el discurso de otro presidente de la STB, José María P. Méndez, en la asamblea anual del 25 de mayo de 1871. Allí, se formula la idea de una revolución social pacífica e igualitaria, cuyo objetivo debería ser terminar con *la explotación del hombre por el hombre*<sup>9</sup>. No obstante que el texto de Méndez incluyera la frase: *La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos*, lo que revela los contactos existentes con los internacionalistas españoles, no puede inferirse que los tipógrafos argentinos estuvieran enrolados ni en la corriente marxista ni en la bakuninista de la AIT.

Todavía Méndez preconizaba que esa revolución pacífica daría luz a un régimen que garantizase un mejor nivel de vida para los trabajadores y que, al mismo tiempo, limitara los excesos de los ricos y la necesidad de una previa actividad en pro de reformas a través de la obtención de leyes protectoras del trabajo. Sin embargo, afirmaba haberse inspirado en los textos de la AIT en cuestiones relacionadas con el trabajo y las sociedades obreras.

Aunque en lenguaje cauteloso, Francisco Mora, secretario del Consejo Federal de la AIT española, en una carta enviada al Consejo General de Londres, el 14 de diciembre de 1870, expresaba una caracterización de las ideas políticas de los tipógrafos de Buenos Aires: *son internacionales en el fondo, a juzgar por sus escritos, si bien desconocen el mecanismo y desarrollo de ella, es decir de la Internacional*<sup>10</sup>.

## La Internacional en Argentina

Sin duda, los primeros contactos, epistolares y episódicos con la AIT fueron establecidos entre los tipógrafos de la STB y el Consejo Federal español. José Ingenieros sostiene que, en el curso de 1871,

---

7. *La Federación*, Barcelona, N° 71, 25 de diciembre de 1870. Reproduce el artículo de Victory y Suarez publicado en *Anales*.

8. MAROTTA, Sebastián, *El Movimiento Sindical Argentino*, Buenos Aires, Libera, 1975, p. 26.

9. *La Federación*, Barcelona, N° 130, 11 de febrero de 1872.

10. Manuscrito original en IISG de Amsterdam, Fonds Jung 836, reproducida en FALCÓN, Ricardo, *Los orígenes...* ed. cit. p.37.

ya se había constituido en Buenos Aires una primera sección de la Internacional. En la medida que no se dispone de ningún otro indicio sobre ese hecho, puede suponerse o que fue una iniciativa de los tipógrafos o que los primeros exilados después de la derrota de la Comuna de París comenzaron a agruparse a poco de su llegada al país. En todo caso, la primera información documentada de la que se tiene conocimiento es la de la constitución el 28 de enero de 1872, con la presencia de 26 personas, de la *Section Française de la Association Internationale de Travailleurs*<sup>11</sup>.

El 16 de julio los miembros de esa sección ya eran 273 y los organizadores informaban al Consejo General de Londres de la AIT que a corto plazo se formaría una de italianos a la que auguraban un rápido crecimiento dada la cantidad de inmigrantes de esa nacionalidad existente en el país. Casi un año después, Sorge informaba a Engels desde Nueva York, a donde se había trasladado la fracción del Consejo General que respondía a Marx, la existencia de tres secciones: la francesa con 130 miembros; la italiana con 90 y la española con 45<sup>12</sup>. Pese a las contradicciones entre las cifras dadas, lo que podría revelar un cierto "exitismo" inicial o un proceso de decantación de las filas internacionalistas, es evidente que se produjo un crecimiento bastante rápido.

Es claro que este incremento súbito de los seguidores de la Internacional no era solamente el fruto de la actividad de propaganda que venían desarrollando los tipógrafos de Buenos Aires, sino, sobre todo, de la llegada de los comuneros franceses exilados. Se producía así, un fenómeno que se puede denominar de *interferencia* en la evolución del movimiento de los trabajadores en Argentina, provocado por la periódica producción de "micro-emigraciones" de carácter político. Ya había ocurrido a partir de 1852 con el arribo de algunos perseguidos por la reacción originada en el golpe de Estado de Luis Bonaparte, en Francia, y se produciría también con situaciones similares en España e Italia y finalmente a comienzos de la década del ochenta, con las persecuciones bismarckianas a los socialdemócratas alemanes. Pero, sin duda, que la migración de los comuneros franceses, aunque transitoria, fue la de mayor repercusión inmediata en la vida política local.

Estas interferencias generaban distorsiones temporales y dificultades para la inserción de los recién llegados en función de las expectativas que tenían de acuerdo a su experiencia anterior, que era claramente diferente de la realidad argentina. En el país, no existía un proletariado industrial equivalente al de algunas regiones europeas ni tampoco se había pasado por una experiencia similar a la de la revolución de 1848. Las dificultades de los internacionalistas en Argentina se expresaron en dos casos: en las trabas para hacer perdurar una organización sindical federativa y para mantener un periódico en base a suscripciones.

En lo que concierne a la tentativa de crear una federación gremial, en los primeros tiempos parece también en este caso haber predominado un excesivo optimismo, ya que en uno de los informes dirigidos al Consejo de Londres, se hablaba de *numerosas sociedades obreras dispuestas a aliarse con nosotros*. Sin embargo, en 1873 en carta a Marx, Raymond Wilmart, uno de los dirigentes de la AIT local, le expresaba que el Consejo Federal había recibido el encargo de organizar una federación de gremios. Señalaba que existían vínculos con dos sociedades obreras, una de carpinteros y otra de sastres, pero que esos lazos eran débiles. No se sabe con exactitud si la federación llegó a constituirse,

11. Fonds Jung 966, IISG Amsterdam.

12. FALCÓN, Ricardo, *Los orígenes...* pp. 41-42.



pero si alcanzó a hacerlo, su vida debe haber sido efímera y poco enraizada, porque hacia fines de la década del setenta no quedaban rastros de ella.

Las tentativas de los internacionalistas por constituir organizaciones con un perfil reivindicativo chocaban con las tendencias mutualistas dominantes en el seno de los trabajadores. Wilmart, tras reseñar una serie de proyectos que se habían presentado en las secciones de la Internacional sobre crédito mutuo, enseñanza mutua y la utilización de la sede para reuniones de propietarios de terrenos, decía a Marx: *Hay demasiadas posibilidades de hacerse pequeño patrón y de explotar a los obreros recién desembarcados para que se piense en actuar de alguna manera*<sup>13</sup>.

La decepción de Wilmart ante el panorama que había encontrado se correspondían con las expectativas de ascenso social existentes en una amplia franja de trabajadores artesanos y asalariados, producto del alto grado de movilidad social vertical existente y que era expresión del proceso global de formación de las clases modernas en un país que se estaba estructurando de conjunto, en el tránsito de formas precapitalistas, pero mercantiles, de producción a otras correspondientes a un capitalismo marcado por la actividad agro-exportadora hacia el mercado mundial.

El vacío demográfico heredado del predominio en el mundo colonial y poscolonial de una economía principalmente pecuaria, que requería poca mano de obra y con un escaso grado de concentración, había obligado a recurrir a la inmigración transoceánica. Esos inmigrantes eran portadores de uno de los mitos modernos más significativos de la era de la construcción del capitalismo: el de *fare l'America*. En efecto, como lo ha analizado el historiador uruguayo Juan Antonio Oddone, muchos de los que emigraban de Europa, no lo hacían tanto por un peligro inmediato de caer en el hambre, sino por el inmovilismo social que caracterizaba a las sociedades campesinas que integraban<sup>14</sup>.

En la década del setenta del siglo XIX, en Argentina comenzaba a perfilarse un proceso de escisión en el seno de los sectores populares urbanos, pero que recién alcanzará un grado de maduración suficiente en la siguiente, la del ochenta. De ese heterogéneo conglomerado de trabajadores, saldrá una proporción de los miembros de la futura burguesía industrial; del comercio; de los empleados públicos y de la vertiginosamente creciente clase obrera, insertada, sobre todo, en el sector servicios y en la construcción. Aunque las transformaciones capitalistas también afectarán al mundo rural y surgirá un proletariado rural, sus consecuencias políticas se manifestarán más lentamente, por la mayor perdurabilidad de las relaciones clientelares forjadas en un tríptico constituido por los patrones, la autoridad pública y los propios trabajadores.

En los años setenta, cuando los internacionalistas intentaban trasladar a la Argentina sus experiencias europeas, propulsando la formación de organizaciones sindicales y federándolas, chocaban con las expectativas de ascenso social de muchos trabajadores que los hacían más proclives a actividades de cuño mutualista. Estas dificultades se reflejaban también, en el plano de la posibilidad de realizar una actividad centralizada de propaganda. Se sabe que editaban, al menos, un periódico cuyo nombre nos ha llegado en diferentes versiones. No obstante, su aparición era irregular y, en mayo de 1873, el número de suscriptores era de 250, la mitad de lo que los editores consideraban necesario para mantener su publicación con regularidad.

13. IISG, Amsterdam, Correspondencia a Karl Marx D. 4604, citado en FALCÓN, Ricardo, *Los orígenes...* ed. cit. p.44.

14. ODDONE, Juan Antonio

Sin embargo, hay suficientes datos como para afirmar que los internacionalistas realizaban diversas actividades de propaganda de los principios de la AIT. Una prueba de ellas fue la represión que sufrieron el 14 de marzo de 1875, como consecuencia de una manifestación anticlerical realizada en las calles de Buenos Aires, pocos días antes, el 28 de febrero, y que culminó con el incendio del colegio de El Salvador. Es interesante que Victory y Suarez, para defender a los internacionalistas detenidos, argumentando que eran ajenos a los hechos que les imputaban, sostenía que *no se ocupaban de la política militante, motivo del estado de sitio*<sup>15</sup>.

Es dable suponer que Victory y Suarez por *política militante* entendía las luchas entre las diversas fracciones burguesas argentinas. Estas divergencias, que a veces llegaban al plano de las armas, alcanzaron mayor repercusión a comienzos de la década del setenta, al coincidir con los efectos de la crisis económica, que por primera vez se manifestó un clima de inquietud entre la masa de inmigrantes de Buenos Aires. En 1874, el general Bartolomé Mitre encabezó una sublevación que fue frustrada, con el propósito de impedir la asunción del presidente Nicolás Avellaneda. En esa oportunidad, la prensa local hizo referencias a la presencia de extranjeros en las filas de los sublevados.

Nuevamente, en 1875, se volvía a mencionar la presencia de inmigrantes italianos de tendencia republicana mazzinista entre los manifestantes del 28 de febrero. Que los internacionalistas no participaban en esas luchas interburguesas aparece avalado, también, por la correspondencia que Wilmart dirigía a Marx, afirmando que la política local era un asunto de personalidades y hacía referencias a un levantamiento armado en Entre Ríos, probablemente protagonizado por Ricardo López Jordán.

En síntesis: los internacionalistas no lograron entroncar con un movimiento independientemente de los trabajadores, dado el escaso grado de evolución alcanzado por la capa de asalariados y artesanos urbanos. Esto se reflejaba en las mencionadas dificultades para organizar sindicalmente a los trabajadores, para sostener la aparición regular de un periódico y para poder tener una intervención política. Todo eso constituiría la diferencia con el Vorwärts, la organización de los socialdemócratas alemanes exilados en Argentina desde comienzos de la década del ochenta, a los cuales la acelerada formación del proletariado urbano en esos años les dio una base de acción sindical, propagandística y de acción política. Además, con la proclamación de una amnistía en Francia, muchos de los comuneros exilados fueron regresando. Y, finalmente, las secciones argentinas de la AIT se disolvieron en 1876, siguiendo el camino del Consejo de Nueva York, es decir, de la fracción liderada por Marx y Engels.

Sin embargo, el hecho de que la mayoría de los militantes de la AIT local perteneciera a esa corriente no permite suponer un carácter ideológicamente "marxista" de esa organización. Sin duda, como lo indica la documentación de que se dispone, había una proporción de militantes más identificados con las postulaciones teóricas de Marx y Engels, pero había también blanquistas y otros que profesaban ideas republicanas avanzadas, como fue probablemente el caso de algunos italianos. Respecto a los anarquistas, no puede descartarse que no los hubiera, en minoría, en el seno de la AIT local, aunque las fuentes no lo indican expresamente. De todas maneras, sí se sabe que ya estaban en Argentina, tanto porque harán una aparición pública escrita, con el folleto **Una Idea** en 1879, como por la vecindad con Montevideo, que constituía una plaza fuerte anarquista, en la medida que eran mayoría en el seno de la AIT uruguaya.

15. FALCÓN, Ricardo, *Los orígenes...* ed. cit. p. 47.



El historiador soviético V. Ermolaiev ha exagerado la identidad marxista de las secciones de la AIT en Argentina, al mismo que sobrevalorado el carácter sindical de las primeras sociedades obreras. En consecuencia, en sus análisis la difusión de las ideas marxistas aparece como el producto natural del desarrollo capitalista y esa actividad culmina en la Internacional. Dice Ermolaiev: *Las organizaciones proletarias en Argentina ejercieron, desde esta época, una cierta influencia sobre el movimiento obrero y se afiliaron a la Primera Internacional*<sup>16</sup>. Así, en el esquema de Ermolaiev, la AIT aparece como la "creación" de las organizaciones proletarias, a contrapelo de lo que la documentación indica, como se ha visto. De esta manera, la experiencia de la Internacional en Argentina se convertía en un campo de batalla ideológica más por encontrar un antecedente histórico "marxista", diferente a la experiencia socialista posterior, al partido comunista, que nacería casi cincuenta años después de los acontecimientos analizados.

Un último tema a considerar es el de los criterios etno-lingüísticos de organización empleados por los internacionalistas en Argentina. Esta denominación parece más adecuada que la de "criterios por nacionalidad", en la medida que se daban ciertos cruzamientos, como por ejemplo, la participación del belga Wilmart en la sección francesa. La adopción de ese criterio no era una innovación argentina, en la medida que en el nivel internacional era empleado con frecuencia en el seno de la AIT, debido a los constantes exilios. Este fenómeno se repetirá en las dos décadas siguientes y será objeto de importantes debates en el momento de la constitución orgánica del Partido Socialista.

## Las primeras huelgas

Si bien las secciones argentinas de la Internacional se disolvieron en 1876, hay indicios de que algunos de sus integrantes, sobre todo franceses, continuaron vinculados al naciente movimiento obrero. De esta manera la herencia que de ella habría recibido el movimiento socialista que se constituiría a partir del 1° de enero de 1882, no sería solamente inorgánica, especular, como tradición a recuperar, sino incluso, sostenida por un débil, pero real, hilo orgánico.

Los principales de esos indicios son, por un lado, la presencia del obrero M. Gauthier, a quien se le atribuye haber sido uno de los miembros de la sección francesa de la AIT en Buenos Aires, en la presidencia de la asamblea de tipógrafos que declaró en 1878 la primera huelga documentada y respaldada por una organización con fines sindicales, de la historia del movimiento obrero argentino. Por otro lado, la existencia de un periódico de filiación socialista, en lengua francesa, en 1882, de vida probablemente efímera, denominado *Le Proletaire*, al cual también se lo indica como redactado por ex-militantes internacionalistas. Además, en el período que va entre la disolución de la AIT en Argentina, en 1876, y la constitución del club Vorwärts, en enero de 1882, surgieron varios periódicos de filiación incierta. Entre otros, se conocen los nombres de *Le Révolutionnaire* (1876), *El Unionista* (1877), *El Cosmopolita*, *El Descamisado*, *La Luz*, *La Vanguardia* (1879), *La Anarquía*, *El Obrero* y *La Voz del Obrero* (1880)<sup>17</sup>.

16. ERMOLAIEV, V.

17. CÚNEO, Dardo, op. cit. y ZARAGOZA, Gonzalo, *Anarquismo argentino (1876-1902)*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1996.

La primera huelga obrera de la que se tiene certeza es la de los tipógrafos de Buenos Aires de 1878<sup>18</sup>. En el curso de 1877, un grupo de miembros de la Sociedad Tipográfica Bonaerense preocupados, según Sebastián Marotta, porque la tradición mutualista de la asociación parecía insuficiente para encarar la situación por la que atravesaba el obrero, explotado por la mayoría de los regentes y propietarios de establecimientos, resuelven constituir otra organización, la Unión Tipográfica, cuyo único fin sería propulsar el mejoramiento del arte, estableciendo una tarifa de salario.

Dice Marotta: *Aunque sólo actuó durante los años 1877-1879, la Unión Tipográfica aparece en las luchas obreras del país como la primera organización de asalariados, cuyos objetivos precisos son los del moderno sindicato obrero*<sup>19</sup>. Es decir, se había dado un paso más allá de las inestables sociedades obreras con plenas tendencias mutualistas de las que hablaba Wilmart o de sendas fracasadas tentativas en 1874 y 1875 de constituir una asociación de talabarteros, en las cuales chocaron asalariados y patrones<sup>20</sup>. Por primera vez, se había logrado constituir una organización de trabajadores con objetivos explícitos de conseguir reivindicaciones salariales.

Ante la renuencia de algunos patrones de aceptar las demandas de los tipógrafos, en una asamblea del 30 de agosto de 1878, se resolvió declarar la huelga en los talleres en los que no se accediera a las exigencias obreras. Y así se produjo la primera huelga sostenida por una organización gremial, en Argentina. El triunfo del movimiento condujo al establecimiento de pautas para la jornada de trabajo y para la fijación de los salarios. Sin embargo, poco tiempo después, en parte por la presión de los propietarios de talleres y en parte por la aceptación de los propios obreros, se extendió el régimen de trabajo a destajo. La Unión Tipográfica fue disuelta en 1879 por resolución de la STB.

Sin duda, este proceso, abiertamente contradictorio, marcó un umbral para la futura formación del movimiento obrero. Si bien los tipógrafos eran capaces de llegar a formar una organización sindical, no lo eran todavía para poder mantenerla solos, contrarrestando las tendencias mutualistas que seguían perviviendo y las expectativas generadas por la aún fuerte movilidad social vertical. Después de la experiencia de la Unión Tipográfica y de su huelga, no habrá retrocesos profundos.

---

18. En *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)* siguiendo a Fernando Gonzalo, mencioné una huelga de aguateros en Rosario, en 1877. Sin embargo, años después, tuve oportunidad de releer sobre ese acontecimiento en fuentes locales, especialmente en el diario *La Capital*. De la lectura de esas fuentes, no se desprende con claridad que se haya tratado de una huelga de asalariados, sino de un conflicto entre la corporación de abastecedores de agua, que incluía a patrones y la municipalidad. Véase: GONZALO, Fernando, "La prehistoria del anarquismo en América" en *París*, N° 2, 15 de diciembre de 1924.

19. MAROTTA, Sebastián, op. cit. p. 28.

20. *La Organización*, N° 11, noviembre de 1901.



## Capítulo II

### El movimiento socialista: enero de 1882 - abril de 1894

La etapa de la historia del socialismo en Argentina, que he denominado como la del *movimiento socialista* es la que va desde el 1° de enero de 1882, fecha de la fundación formal del club Vorwärts, que congregaba a los exilados socialdemócratas alemanes hasta fines de abril de 1894, con la formación del Partido Socialista Obrero Internacional.

No obstante, las dos fechas indicadas eran “bisagras” e inauguraban dentro de una nueva etapa distinta a la anterior, *períodos de transición*, en los que todavía esa nueva etapa, no han alcanzado a desarrollar un perfil pleno. En el primer caso, la fundación del Vorwärts, marcaba una diferencia con la etapa precedente, la de la *prehistoria*, en la medida que la organización adoptaba el programa del partido obrero socialdemócrata alemán. Si bien es cierto que sus estatutos no preveían una participación en las luchas sociales y políticas argentinas; se declaraban integrantes de un partido que participaba en un *movimiento socialista internacional en ascenso* que terminaría por culminar su organicidad con la constitución en 1889 de la Internacional Socialista, conocida después como la Segunda Internacional.

Esto, señalaba una diferencia importante con la experiencia de los internacionalistas de la AIT en Argentina. Cuando se constituyeron las secciones argentinas, la Internacional ya no era un movimiento en ascenso, hallándose fraccionada en dos grandes tendencias, marxistas y bakuninistas, que pugaban abiertamente entre sí. Además, paradójicamente, los acontecimientos de la Comuna de París, de 1871, habían profundizado la brecha entre anarquistas y marxistas, en tanto los primeros impugnaban a los segundos por las prácticas legislativas de la Comuna, aunque fuera un organismo basado en la democracia directa. Asimismo, cuando la actividad internacionalista en Buenos Aires estaba alcanzando su madurez, la fracción marxista trasladaba, en 1874, el Consejo General a Nueva York, para sustraerlo de la influencia bakuninista y en 1876 decretaba la disolución de la AIT, de la cual se seguiría reivindicando, sin embargo, la otra tendencia. Desde entonces, los marxistas se orientarían, crecientemente, hacia un accionar político en los campos nacionales, de los cuales Alemania, constituiría un ensayo privilegiado.

Este período de transición de la etapa del movimiento socialista en la Argentina presentaba tres componentes principales. Primero: la clara definición socialista de los exilados alemanes y su filiación internacional. Segundo: su concentración en actividades políticas, asistenciales y culturales sobre sus miembros y la comunidad de alemanes residentes en Argentina. Tercero: el desarrollo todavía larvario del incipiente movimiento obrero, caracterizado por la existencia de huelgas sólo episódicas y la aparición de sociedades obreras de resistencia, muchas veces de vida irregular o efímera.

Cuando el tercer elemento componente se modifique, la vigencia del primero permitirá la modificación del segundo. O dicho de otra manera: cuando producto del rápido crecimiento y fortalecimiento del proletariado urbano, en el transcurso de la década del ochenta especialmente en Buenos Aires, Rosario y algunos otros puntos menores del país, la situación del movimiento se modifique definiti-

vamente, lo que ocurrirá a partir de 1888, los alemanes del Vorwärts cambiarán progresivamente su actitud de aislamiento, acercándose a las luchas obreras, prestando su local primero e interviniendo abiertamente después. Y entonces, su definición previa como socialistas e internacionalistas saldrá plenamente a la luz, cuando acatando el llamado del congreso de París de 1889, se pongan a la cabeza en Argentina de la organización del primer acto de conmemoración del 1° de Mayo.

Y en este punto, aparecerá otra diferencia con la primera experiencia internacionalista en el país, la de la década del setenta del siglo XIX. Como se ha visto en el Capítulo I, los militantes locales no pudieron entroncar sus propuestas políticas con la base social que constituían los sectores populares de la época. Si en los comienzos de la década del ochenta, podría haberse supuesto la existencia de una situación similar, ya había ocurrido la huelga de los tipógrafos de 1878 que había marcado un corte definitivo, histórico se podría decir, en la evolución de los trabajadores hacia su constitución como movimiento obrero.

Y esta cuestión nos remite a otra de envergadura: el nacimiento de ambos movimientos, el obrero y el socialista, es casi simultáneo en Argentina. Y este paralelismo se prolongará durante varias décadas. Las alternativas que sufra uno de ellos incidirán sobre el otro, especialmente las del primero sobre el segundo, pero en una relación recíproca a veces también, como en el caso de la formación del Partido Socialista que repercutirá sobre la vida del movimiento sindical.

El movimiento socialista existente entre enero de 1882 y abril de 1894, puede ser descripto como la confluencia de agolpamientos organizados sobre bases etno-lingüísticas, sindicales, mixtas o puramente políticas, con formas laxas de coordinación entre ellas y diversos grados de organicidad según los momentos. Sin embargo, siempre -y esta será una característica del movimiento socialista desde su inicio, que lo diferenciará muchas veces del anarquista- esos acuerdos tendrán un sustento *programático*, aunque de alcances, amplitudes y grados de precisión, diferentes.

De todas maneras, es posible distinguir distintos períodos en la vida de doce años del movimiento socialista. El primero, ya mencionado, es el de transición desde la etapa de la prehistoria socialista, hacia la nueva etapa, ahora movimientista. Es un período preparatorio, principalmente propagandístico -para el Vorwärts-, en el cual los contactos con el movimiento de los trabajadores son escasos y sobre todo inorgánicos, muchas veces a cargo de individuos o pequeños grupos espontáneos aislados.

El segundo período, se extiende entre 1888 y mediados de 1890 y está netamente determinado por las incidencias del movimiento obrero. El primero de esos años marcó la irrupción de huelgas de mayor envergadura que había existido en el país hasta ese momento. El Vorwärts tomó contacto con otros grupos socialistas por nacionalidades extranjeras y comenzó a participar en el movimiento sindical y partir de 1889, se puso a la cabeza de la organización del acto del 1° de Mayo de 1890. Ese período señala el encuentro definitivo entre el movimiento socialista y el movimiento obrero.

El tercer período, comenzó con la declinación del movimiento huelguístico a causa, sobre todo, de las manifestaciones locales de la crisis económica mundial de 1889. Era el momento de la creación de la primera federación obrera, de la aparición de su órgano de prensa *El Obrero*, dirigido, durante un tiempo, por Germán Ave Lallemand, y de debates internos entre los socialistas sobre las estrategias a seguir. Hacia el final del período se manifestaban signos de cambio. Surgió la Agrupación Socialista,



la primera de habla castellana y apareció en la misma lengua *La Vanguardia*. Era también, el momento de la incorporación al movimiento socialista, de Juan B. Justo.

Con la creación del Partido Obrero Socialista Internacional, en abril de 1894, el movimiento fue adquiriendo mayor centralización y la estructura movimientista se fue transformando en otra crecientemente partidaria, aunque ciertos rasgos inorgánicos se mantuvieran hasta la Convención de 1895 primero, y el Congreso constituyente de 1896, después. Empieza así, otro período de transición pero, esta vez, de otra etapa, la de la *era partidaria*.

## El club Vorwärts

Sin duda un eje a lo largo de todo ese período fue la existencia del Club Vorwärts. No obstante, no puede descartarse, que entre 1881 y 1888, haya habido otras actividades de propaganda socialista, a cargo de otros elementos de sectores de inmigrantes extranjeros, fuera de los alemanes, como lo revelaría la ya mencionada publicación en 1882, en Buenos Aires, de *Le Proletaire*, redactado en lengua francesa. No obstante, esos grupos socialistas de inmigrantes extranjeros se harían públicamente visibles y se consolidarían orgánicamente, a partir de 1889.

El *Verein Vorwärts* fue, sin dudas, el centro principal de la propaganda socialista en Argentina. En octubre de 1878, el gobierno de Bismarck había conseguido hacer aprobar por el Reichstag una ley de represión de las actividades socialdemócratas en Alemania, que originó condenas y exilios y que estuvo vigente hasta enero de 1890. Un mes después de la derogación de esa ley, obtenida por la presión popular, el Partido Socialdemócrata ganaba las elecciones y se convertía en el principal partido de Alemania y precipitaba la renuncia de Bismarck. Los sindicatos vinculados a la socialdemocracia alemana habían tenido un rol importante en esos acontecimientos.

En este muy sucinto resumen están contenidos los dos fenómenos que hicieron que la socialdemocracia alemana desempeñara un papel destacado en la consolidación del movimiento socialista en Argentina. En primer lugar, de un modo directo desde la asamblea constitutiva del Club Vorwärts, en Buenos Aires, el 1° de enero de 1882, a través de la actividad de sus asociados, militantes en el exilio del partido socialista alemán. Pero, también lo tuvo, de un modo indirecto, como ejemplo, desde las elecciones alemanas de 1890, que lo catapultaron de hecho, como el partido líder en el concierto socialista internacional. Y con ese enorme prestigio, se trasladó también, a Argentina, una concepción que preconizaba la lucha política por el poder, pero que también planteaba una estrecha relación entre el partido socialista y los sindicatos, que dio lugar a polémicas de envergadura en el todavía frágil movimiento socialista argentino.

En 1880 ya estaba en Buenos Aires, donde encontró a otros exilados alemanes, Karl Mücke, que perseguido por la represión de Bismarck, había pasado a Suiza y allí colaborado en la administración del periódico *Der Sozialdemokrat*, que se difundía clandestinamente en Alemania. De él partió la iniciativa de congregar a compatriotas que compartieran sus ideas y tras una serie de actividades previas

en los últimos días de 1881, trece socios fundadores constituyeron el *Vereins Vorwärts*, el 1° de enero de 1882<sup>1</sup>.

De acuerdo a los estatutos, cuya redacción había sido encomendada en la reunión fundacional a Theodor Weber, el grupo tenía como primer objetivo: *Actuar en este país por los principios y fines del socialismo de acuerdo con el programa del Partido Socialista de los Trabajadores Alemanes a través de la propaganda y continuar la formación de sus miembros en el espíritu de la política social*<sup>2</sup>. En este primer propósito, hay dos afirmaciones de principios y dos propuestas de medios de acción. Por un lado, la adopción para la asociación de los principios y fines del socialismo, pero en la versión del programa de la socialdemocracia alemana. Y como medios de acción se proponen, por otro, la propaganda de esos enunciados y la continuación de la formación de los asociados en el espíritu de la política social. Por lo tanto, hay una clara definición de sus miembros como militantes en el exilio del partido socialista alemán.

El segundo punto de los estatutos establecía: *El apoyo a los compañeros que luchan en Alemania, sin embargo, también deben ser apoyados los compañeros de otras naciones*. Se establecía, en consecuencia un doble planteo solidario. En primer lugar, uno nacional, con los socialistas alemanes y otro internacionalista, con los socialistas de otros países. El tercer propósito trasladaba esa solidaridad al plano del exilio en Argentina: *Asistir a través de consejos o acciones a los compañeros que lleguen aquí, siempre y cuando puedan probar su calidad de tales y en la medida que la capacidad de la Asociación se lo permita*.

Este último punto revela dos preocupaciones fundamentales del Vorwärts: restringir la solidaridad a los que emigraban por razones políticas, excluyendo a los que lo hacían con motivaciones económicas y la creencia de que esa inmigración política alemana podría seguir creciendo por encima de sus posibilidades solidarias. Teniendo en cuenta la fecha de aprobación de los estatutos, esa creencia no parecía muy exagerada. El cuarto aspecto de la actividad que proponían los estatutos, era de orden recreativo: *Organizar entretenimientos colectivos*. Esta prescripción daría pie a una vasta actividad cultural que la asociación realizaría no sólo entre los exilados sino también en una franja de la comunidad germánica residente en Argentina.

Como se ve, los estatutos no preveían una intervención del Vorwärts ni en la política ni en las luchas sociales argentinas. Esa abstención parecía lógica, desde un punto de vista legal, dado el carácter de exilio político de hecho de sus miembros. Pero, además, se correspondía con el carácter incipiente del movimiento obrero y de la casi inexistencia de otros núcleos socialistas en el país, con los cuales hubiera podido coordinar acciones de solidaridad internacional. No obstante, progresivamente el Vorwärts irá facilitando su local para actividades gremiales e interviniendo en actividades sindicales desde 1888 y cuando se produzca la convocatoria del congreso socialista internacional de París, en 1889, para conmemorar el 1° de Mayo desde el año siguiente, optará por una participación abierta.

1 Existen diversas versiones sobre este proceso constitutivo, pero que no difieren entre sí, sino en cuestión de algunos días. Mantengo la fecha fundacional del 1° de enero de 1882 que es la que dan la mayoría de los autores y la que daba también, en 1886, el propio periódico *Vorwärts*.

2 Statuten des Vereins "Vorwärts" in Buenos Aires, Gagründet in Januar 1882, Buenos Aires. Reproducido en FALCÓN, Ricardo, Los orígenes... ed. cit. nota 253, p. 122.



El cuarto punto de los estatutos, el que recomendaba la organización de entretenimientos, se tradujo en una amplia actividad recreativa y cultural, que tenía en vistas a sectores más amplios de la colectividad alemana. El censo de 1869 había registrado 2.100 alemanes residiendo en la Capital Federal y el de 1914 consignaría 11.000. Alfredo Bauer sostiene que algunos de esos inmigrantes eran artesanos que habían emigrado por su capacidad de competir con el proceso de concentración capitalista que se operó en Alemania en la segunda mitad del siglo XIX<sup>3</sup>.

Una parte de ellos, que disponía de un cierto capital, pudo montar empresas en rubros industriales como el cuero, los textiles o la fabricación de cerveza. Como ocurría también con otras nacionalidades extranjeras, esos empresarios tendieron, en un primer momento, a reclutar obreros entre sus compatriotas y luego lo hicieron entre los nativos o trabajadores de otros sectores de la inmigración, reservando para los alemanes los puestos directivos. No casualmente, la primera reunión del Vorwärts se realizó en el local de la cervecería Bieckert. Estas afirmaciones aparecen confirmadas por datos del año 1909, suministrados por Juan Alsina, que fuera Director de Inmigración: de los 3.201, llegados a Buenos Aires, el 56,5 por ciento eran artesanos, muchos de ellos especializados y el resto se repartía en proporciones parejas entre campesinos, comerciantes y personal sin empleo, según lo consigna Emilio Corbière<sup>4</sup>.

El Vorwärts, fue una, distinguible por sus fines, sin duda, de varias sociedades de origen germánico. Entre las actividades culturales de esas instituciones, sobresalía la gimnasia, el deporte y el canto coral. En el caso de la de los socialdemócratas, se destacó por la actividad teatral en lengua alemana, a través de obras de autores como Goethe, Ibsen, Gerhart Hauptmann, Hebbel, Nestroy y otros. El canto coral fue otra de las actividades privilegiadas y el coro del Vorwärts se asoció en forma federativa con otros de la comunidad alemana y actuó con frecuencia en instituciones argentinas y de otras colectividades extranjeras.

Bauer dice también, que si bien esas actividades culturales giraban en la órbita de lo nacional germánico, *...el carácter "alemán" de la sociedad que fundaron, no puede atribuirse a un "deseo de diferenciarse" del pueblo argentino. La diferencia etno-cultural era un hecho que voluntariamente no podía abolirse, ni disponer por decreto la asimilación, que podía y debía darse por un proceso de evolución natural.* Prueba de ello, agrega, era que estos pioneros, animados de verdadero espíritu internacionalista, precisamente disputaban a los recién llegados a las demás instituciones de la colectividad, que sí podían estar contaminadas de un chauvinismo elitista y del deseo de automarginación<sup>5</sup>.

Ahora bien, si la asociación intentaba disputar algunos recién llegados a las fracciones más chauvinistas de la inmigración alemana, era evidente que sus objetivos culturales no se dirigían sólo a los socialdemócratas. Esto parece confirmarse por un lema que aparecía en todas las últimas páginas del periódico *Vorwärts*, que se publicó en alemán desde 1886: *Sammelpunkt der freisinnigen Deutschen in Buenos Aires*, que admitiendo otras posibilidades no muy diferentes, podría ser traducido como "Convergencia de los liberales alemanes en Buenos Aires". Este lema, ha puesto en debate el significado de la palabra *liberales* en el lenguaje político socialdemócrata alemán de la segunda mitad del

3 BAUER, Alfredo, *La Asociación Vorwärts y la lucha democrática en la Argentina*, Buenos Aires, Legasa, 1989.

4 CORBIERE, Emilio J. "El Vorwärts en los orígenes del movimiento obrero argentino", en BAUER, Alfredo, op. cit.

5 Idem p. 63.

siglo XIX. Si se descarta la primera oferta que hace el diccionario: *miembro del partido liberal*; puede interpretarse que estaba empleada como sinónimo de *demócrata radical*, con un sentido de amplitud en la concepción de la libertad y de la tolerancia política. Esta interpretación supone que los socialdemócratas alemanes exilados en Argentina, no sólo se dirigían a un público más amplio que el que definían las prescripciones estatutarias, sino que ellos mismos se presentaban como campeones de la democracia y la libertad sin dejar de ser, al mismo tiempo, socialistas.

Esta amplitud ideológica del Vorwärts se reflejaba también en el contenido diverso de la propaganda que distribuía y de los títulos que contenía su biblioteca. Testimonia de ello, un artículo publicado en 1974, por el historiador checo Jan Klima en la revista *Ibero-Americana Pragensia*<sup>6</sup>. El autor analiza el archivo personal del checo Antón Neubager, que estuvo algún tiempo en Buenos Aires, Rosario y localidades bonaerenses, entre 1888 y 1889, era afiliado al Vorwärts y repartía su folletería. Allí aparecen algunos de los materiales que distribuía, siendo su filiación marxista, anarquista, sindicalista, anticlerical y reformista, tanto en lo que concierne a autores como a periódicos. Los libros, folletos y la prensa, tenían diversos orígenes nacionales de imprenta y estaban escritos en distintos idiomas.

Refiriéndose a las actividades de la asociación y en particular al contenido de su periódico, Bauer expresa: *Su espíritu se caracterizaba por diferenciarse claramente en materia ideológica del nacionalismo alemán que cundía en otras instituciones de la colectividad fomentando en cambio la integración al acervo cultural argentino y la activa participación en la **vida política del país***<sup>7</sup>. También había afirmado, dos páginas antes, que el Vorwärts fomentaba *sistemáticamente la naturalización de sus socios, naturalización que con mucha frecuencia les fue negada "por subversivos", por la justicia y la tan patriótica administración estatal*.

Lamentablemente, no se indican los momentos en que comenzaron a ponerse en práctica esas dos actividades, la de impulsar la *activa participación en la vida política del país y la naturalización de sus socios*. Según los indicios que se tienen, es muy poco probable que estos fenómenos hayan sido algo más que excepcionales en los años inmediatamente posteriores a la fundación. Por lo tanto, todo permite suponer que estas dos actividades fueron impulsadas *sistemáticamente* a partir de los dos últimos años de la década del ochenta. Es también el momento en que el Vorwärts intensifica su presencia en el ámbito gremial.

Una mayor preocupación por la evolución de la situación social y política local, se trasunta en los números de *Vorwärts* de ese período. En octubre de 1889, se publicó un artículo atacando duramente al presidente Juárez Celman, que tuvo como réplica el allanamiento de la imprenta en la cual se imprimía el periódico y la detención del director de turno de apellido Ugle y a José Winiger, autor de la nota, que permanecieron encarcelados por varias semanas<sup>8</sup>.

En lo que concierne a la naturalización de los socios, Dardo Cúneo expresa que en esa misma época, los trescientos miembros del Vorwärts *...no demoraban su ciudadanía argentina, venciendo con*

6 KLIMA, Jan, "La Asociación Bonaerense Vorwärts en los años ochenta del siglo pasado" en *Ibero-Americana Pragensia*, año VIII, 1974.

7 BAUER, Alfredo op. cit. pp. 65-66.

8 CUNEO, Dardo, "Las dos corrientes del movimiento obrero en el 90" en AA.VV. *Claves de Historia Argentina*, Buenos Aires, Merlin, 1968. p. 56.



*su ejemplo la resistencia que otros sectores de la inmigración socialista -los italianos, en primer término- oponían al hecho de abandonar su ciudadanía europea para adoptar la de su residencia americana. Los alemanes procedían así no sólo para identificarse con la escena nueva de sus renovadas luchas, sino entendiendo que era esa la mejor profesión de su internacionalismo socialista, el que no podía fundarse en forma alguna en el prejuicio de mantener la ciudadanía nativa cuando ella no resultaba útil<sup>9</sup>.*

El resto de las informaciones de las que se disponen corroboran las afirmaciones de Cúneo. En el filo de la década del ochenta el Vorwärts impulsaba decididamente la naturalización de sus asociados. Incluso mantendrá consecuencia con esta actitud en los años siguientes, al punto de abstenerse, en 1894, durante un tiempo, de incorporarse al proceso de organización partidaria, con el argumento de que había que privilegiar las campañas por la naturalización, dado el escaso número de socialistas que tenían los derechos políticos.

## **Una etapa preparatoria del movimiento obrero: 1878-1890**

Entre 1878 y 1887, tuvo lugar un lento y contradictorio proceso -con altas y bajas- de construcción del movimiento obrero, expresado en huelgas episódicas y en la formación de sociedades de resistencia, a veces, de vida efímera. El estudio más completo, tanto por sus aportes en materia cuantitativa como cualitativa, de este período, sigue siendo, en mi opinión, el realizado por Julio Godio<sup>10</sup>.

Este autor reconstruyó la existencia de 12 huelgas que alcanzaron paralización total de un oficio o sector laboral y de varias más de alcances parciales, entre 1881 y 1887. Al mismo tiempo, constata la formación de 22 sociedades obreras entre 1878 y 1887. Todas esas informaciones, como así, las que expone para los años siguientes, las obtuvo a través de los trabajos de los primeros cronistas del movimiento obrero: Diego Abad de Santillán, Sebastián Marotta, Jacinto Oddone y Rubens Iscaro<sup>11</sup>. No obstante, ese cuadro no incluye huelgas y sociedades del interior del país, aunque éstas se produjeron sobre todo a partir de 1888 y particularmente en Rosario.

Analizando esa primera etapa del movimiento obrero, Godio sostiene que entre 1878 y 1887 los movimientos de resistencia fueron esporádicos; lo que se correspondía con el grado de evolución de la industria y del proceso de conformación de la clase obrera. En las cifras de huelgas se observa un salto importante a partir de 1888. Entre ese año y 1890, cuando comenzaron a manifestarse los primeros síntomas de la crisis económica, se registraron 37 huelgas. En torno a esta súbita alteración del ritmo huelguístico, formula algunas observaciones interesantes.

En primer lugar, afirma que en ese lapso se produjo un deterioro continuo de la capacidad adquisitiva del salario que justificaba la explosión huelguística. En segundo, dice que eran huelgas concentradas

---

<sup>9</sup> idem pp. 54-55.

<sup>10</sup>

<sup>11</sup>

en lugar u tiempo y cuya concreción, si bien requería de la agitación de socialistas y anarquistas -a los cuales yo sumo las sociedades autónomas-, se vio facilitada por la alta proclividad a cumplirlas por parte de un vasto sector de la masa de asalariados. En tercer lugar, Godio considera que se iba perfilando un núcleo de vanguardia entre los trabajadores, integrado, por una parte, por gremios con alta concentración de la mano de obra y situados en ramas estratégicas de la actividad económica, como los ferroviarios y los estibadores. Por otra parte, por otros gremios que evidenciaban una alta capacidad huelguística; por la influencia que en ellos tenían anarquistas y socialistas; por su ubicación en la estructura ocupacional y porque poseían un grado mínimo de concentración, como los albañiles, yeseros y carpinteros.

El primer grupo correspondía a gremios de asalariados de grandes empresas, más proclives a dar a sus huelgas un carácter estrictamente reivindicativo y dotarlos de opciones ideológicas de corte sindicalista, que Godio, para evitar equívocos, denomina como "tradeunionistas". En el segundo grupo, aparecían gremios semiartesanales y por lo tanto más susceptibles ante la propaganda ideológica de anarquistas y socialistas.

El cuarto aspecto que analiza este autor es el alto porcentaje de satisfacción de las demandas planteadas. Esto obedecería, primero, a que las huelgas se daban en su mayoría en la "ciudad estratégica", Buenos Aires, o en centros ferroviarios. También, a que no existía un ejército industrial de reserva en el cual se pudiera reclutar rompehuelgas. Finalmente, el alto margen de beneficios de un sector de la actividad económica que le permitía quebrar el frente patronal y ceder ante las demandas obreras y una actitud de relativa prescindencia del Estado ante los conflictos entre capital y trabajo.

## **El movimiento obrero entre 1888 y 1890**

El 3 de diciembre de 1888 se realizó en la sede del *Vorwärts* una reunión destinada a forjar acuerdos entre anarquistas y socialistas con vistas a impulsar el movimiento reivindicativo de los trabajadores en curso y como único punto del orden día la discusión del derecho de huelga. Entre los anarquistas estaba Errico Malatesta. Participó también un representante de la Unión Industrial Argentina (UIA), Enrique Lluch, lo que no deja de ser llamativo, porque ni antes ni después de esa reunión, los patrones industriales fomentaron diálogos con los representantes de los trabajadores y más aún, durante mucho tiempo se negaron al reconocimiento no sólo de derecho sino tampoco de hecho, de las asociaciones obreras. En los años siguientes fueron instalando en los talleres y fábricas reglamentos de trabajo unilateralmente redactados por ellos y únicamente aceptaron dialogar con los trabajadores cuando la correlación de fuerza en las huelgas se lo imponía.

La propuesta del representante de la UI era que los trabajadores abandonaran la idea de la huelga y se constituyeran comisiones para dirimir en los conflictos en forma pacífica. Esta iniciativa fue rechazada tanto por los anarquistas como por los socialistas. La presencia de la UIA en esa reunión era reveladora de que la organización patronal consideraba con profunda preocupación la oleada huelguística, la primera de esa envergadura que se había producido en Argentina.



De esa reunión salió una declaración que afirmaba que las huelgas en general eran un producto del orden social capitalista y las que estaban en curso en esos momentos, de la situación de la clase obrera creada por la política financiera del gobierno y por la especulación sin límites de la Bolsa y los capitalistas. Sostenía también que las huelgas eran un derecho natural derivado de la libertad individual y cuyo ejercicio solicitaban los trabajadores para defender sus intereses. Por lo tanto, elevaba una protesta contra la prensa capitalista que atribuía el origen de esos movimientos a la obra artificial de los *socialistas*. Finalmente responsabilizaba a la Policía de los incidentes que pudieran producirse y reclamaba el fin de los arrestos arbitrarios de huelguistas<sup>12</sup>. El tono general de la declaración revelaba un cierto compromiso en su redacción, por parte de las dos tendencias principales del movimiento obrero. En este sentido, también debería interpretarse la palabra *socialistas*, portadora de algún eclecticismo, en tanto el término podía ser extensivo a las dos fracciones, en la medida que Malatesta hablaba de un anarco-socialismo.

De conjunto, como lo ha expresado Julio Godio: *El desarrollo en extensión del movimiento obrero durante los años 1880-1890 creó las condiciones para que el movimiento obrero se plantease una tarea de calidad superior: realizar un movimiento representativo no ya de fracciones, sino de la totalidad de la clase. Este nuevo escalón en el proceso de conformación de la clase -aunque modesto- estuvo vinculado desde su inicio a la reconstrucción del movimiento socialdemócrata en escala internacional*<sup>13</sup>.

Es decir, que el salto cualitativo que se produjo a partir de 1888, fue la combinación de la maduración de las contradicciones de clase -a un ritmo mucho más acelerado que el de los ejemplos europeos, con un estímulo internacional, que también actuaba como factor acelerador secundario. Y este estímulo fue la convocatoria al Congreso Obrero Internacional que se realizó en París entre el 14 y el 24 de julio de 1889, que creó la Internacional Socialista y dispuso la conmemoración anual del 1° de Mayo. Los socialistas argentinos tuvieron dos representaciones en ese congreso: Alexis Peyret por los grupos socialistas de Buenos Aires y Karl Liebinich, en quien el Vorwärts delegó la suya.

A principios de 1890, designó en su seno una Comisión para impulsar la realización de un acto para el 1° de mayo, que convocó a una reunión más amplia para el 30 de marzo, con el propósito de lograr la adhesión de las sociedades obreras existentes. Es interesante destacar que la resolución de la Comisión del Vorwärts disponía que se informara a los concurrentes *en varios idiomas*. Esta iniciativa respondía evidentemente, a la composición cosmopolita del incipiente movimiento obrero, dentro del cual muchos de sus activistas y simpatizantes conocían deficientemente el castellano. Pero, también, a la idea que de que en esos momentos su conformación resultaba de la confluencia de distintos grupos étnicos de la inmigración. En este sentido, la denominación *Internacional* frecuentemente utilizada en la época, no sólo indicaba la pertenencia a un movimiento internacional, el del proletariado, sino que las convocatorias eran realizadas por el conjunto de los agrupamientos de obreros extranjeros radicados en el país, que constituían la mayoría del movimiento obrero y tenía en este sentido una connotación local *unitaria*.

Que la calidad de *obrero* y la de *extranjero* tendían a confundirse, lo revelaría el elevado número de asociaciones de colectividades étnicas extranjeras -sin fines sindicales específicos-, la gran mayoría

12 Reproducido por Julio Godio en op. cit. p. 84 nota 36.

13 GODIO, Julio, op. cit. p. 85.

italianas, que respondieron a la convocatoria del Vorwärts para el 1° de Mayo, como lo ha observado Godio. Es decir, que para muchos sectores, la defensa de la *extranjería*, entendida como la condición social, política y jurídica del extranjero, no se disociaba totalmente de la de la constitución de los trabajadores como *clase*, en la medida que en muy alta proporción estos provenían de otros países. Este fenómeno era acicateado por el hecho de que las primeras manifestaciones autónomas de los obreros, generaban una fuerte reacción de parte del *nacionalismo oligárquico*, que denunciaba a través de la prensa, en forma combinada, el carácter foráneo *exótico* y el subversivo social de las ideas que las inspiraban.

Sin embargo, la tolerancia de los socialistas hacia ese tipo de agrupamientos como factor actuante del movimiento obrero no se prolongaría durante mucho tiempo, como se verá. Y esto, porque la *acción política* sería uno de los elementos esenciales del proceso de *nacionalización* de las masas extranjeras, que requería como condición *sine qua non* la adquisición de los derechos políticos, es decir la ciudadanía, a través de la naturalización.

En este sentido, José Ratzer ha subrayado la importancia de la decisión de publicar *El Obrero*, que aparecería en 1891, en castellano<sup>14</sup>. Esto podría provocar ciertas restricciones en su lectura por parte de muchos extranjeros, pero abría una vía importante hacia la nacionalización y politización del proletariado en formación.

La convocatoria para la reunión del 30 de marzo de 1890 incluía a los anarquistas. En la base de esta invitación había una situación equívoca. Por un lado, los socialistas aspiraban a la conformación de un movimiento omnicompreensivo, abarcador de todas las tendencias existentes en el seno de los trabajadores. Pero por otro, intentaban imprimirle una dirección general que respondía a sus concepciones políticas. Esta actitud se repetiría a lo largo de la década de la última década del siglo XIX, aunque en las últimas tentativas de crear federaciones obreras, cada vez más se buscaría el acuerdo, cediendo posiciones.

Pero, en la coyuntura del año noventa, la situación se hacía más compleja dado el énfasis que ponían en dirigir peticiones al Congreso Nacional y sobre todo por la concepción de una estrecha vinculación entre partido socialista y movimiento sindical que tenía un sector de los socialistas. Al respecto, Alfredo Bauer, el historiador de la trayectoria del Vorwärts, dice: *La persistente lucha entre socialistas y anarquistas entorpecía al joven movimiento obrero, así como la falta de claridad, que ostentaban muchos socialistas, con respecto a la esencial diferencia entre sindicato y partido*<sup>15</sup>.

La aceptación a concurrir por parte de los anarquistas, también connotaba ciertas ambigüedades. De alguna manera, reflejaba el hecho de que los anarquistas sin adherir a los considerandos de los socialistas, que reflejaban una estrategia, para ellos errónea, estaban decididamente convencidos de la necesidad de su participación en la conmemoración del 1° de Mayo. Sin embargo, esta precaria coexistencia no duró mucho, la Internacional adquirió un nítido perfil socialdemócrata y los anarquistas continuaron reivindicándose partidarios de la primera Internacional a la que siguieron denominado AIT, al menos por algunos años. Pero, al mismo tiempo, la concurrencia anarquista reflejaba, también, la presión local unitaria en el nivel de las sociedades obreras que impulsaban las huelgas, habida

---

14

15 BAUER, Alfredo, op. cit. p. 71.



cuenta también, de la existencia de un sector de sindicalistas autónomos, equidistantes de los dos principales bandos en pugna.

En esa reunión había un solo punto de coincidencia sólido: la realización del acto del 1° de Mayo. Las modalidades y contenidos programáticos quedaban en discusión abierta. En cuanto a las primeras, el debate se centró en varias cuestiones, entre ellas, sobre si el acto debía estar o no precedido por el abandono del trabajo. Mientras tanto, algunos sectores empresariales hacían circular la versión de que si el paro se producía, dejarían cesantes a todos los que lo ejecutaran, con una intención ejemplar. También se discutió si la concurrencia al acto debía hacerse por una manifestación pacífica o si era ineluctable el empleo de la fuerza.

Sin duda, en esa discusión sobre las modalidades del acto, subyacían dos concepciones divergentes, como lo demostraría también, el debate sobre los contenidos programáticos: la de los socialistas que preconizaba la supremacía estratégica de la *acción política* y la de los anarquistas que pugnaban por imponer la metodología *antipolítica* de la *acción directa*.

La confrontación entre estas dos vías de acción fue más neta en la discusión de los ejes programáticos. Uno de los más debatidos fue el de la petición al Congreso Nacional de la implementación de leyes protectoras del trabajo. La réplica anarquista, rechazando esta propuesta socialista, se fundaba en férreos antiestatismo y antilegalismo, calificándola como un engaño a los trabajadores. También rechazaron la idea de combinar los planteos reivindicativos inmediatos con la difusión de los principios socialistas.

Puede pensarse que los argumentos no estaban destinados de unos a otros y viceversa, sino a un "tercero", el "público" conformado por los sindicalistas y representantes de otras organizaciones presentes y a los trabajadores ausentes en la reunión, pero a quienes les llegaría la versión de lo discutido. Es que, dado el desarrollo relativamente vertiginoso que había tenido el movimiento en Argentina, ciertas discusiones se daban por primera vez en público. No todos los trabajadores ni tampoco todos los periodistas vinculados a las clases dominantes, percibían por completo las divergencias de fondo entre anarquistas y socialistas. Si bien esta cuestión se fue esclareciendo a lo largo de la década del noventa, sería con la huelga general de 1902 que quedarían más nítidamente establecidas en el conjunto de la sociedad.

Los anarquistas se retiraron de la reunión alegando que concurrirían al acto del 1° de Mayo de 1890 con consignas propias. Los que se quedaron constituyeron el Comité Internacional Obrero (CIO), encargado de organizarlo y se dotó de un programa de acción. El CIO fue la primera instancia orgánica del movimiento obrero que se creó y la iniciativa quedó en manos socialistas. Los puntos aprobados en la reunión del 30 de marzo, además del acto, fueron la publicación de un Manifiesto; la formación de una Federación Obrera; la edición de un periódico y la presentación ante el Congreso de un petitorio reclamando una legislación laboral en base a las principales demandas de los trabajadores. Una de las primeras acciones del CIO fue la reproducción en veinte mil ejemplares del manifiesto aprobado por el congreso de París.

También, redactó un Manifiesto destinado a los trabajadores argentinos que situaba como sujeto social privilegiado al *pueblo trabajador* identificado también como la clase obrera. Todos los sectores sociales habían golpeado las puertas del parlamento y todos habían sido oídos, protegidos y subven-

cionados por leyes especiales. La excepción la constituían los obreros, con quienes se identificaban los redactores del Manifiesto, al punto de asumir su voz: *Únicamente nosotros, el pueblo trabajador, que vive de su pequeño jornal y tanto sufre la miseria, nos quedamos hasta ahora mudos y quietos con humilde modestia*<sup>16</sup>. No obstante, consideraban llegada la hora de ejercer su derecho de peticionar que la Constitución Nacional garantizaba a todos los *habitantes*.

Señalaban también, que esas demandas no constituían *los fines últimos sino los próximos de nuestras aspiraciones; disminuir la miseria social, mejorar nuestra suerte dura...* Esto, porque los fines últimos, es decir, *la emancipación social definitiva*, requeriría de *bastante tiempo de preparación y lucha*, porque dependía de la *evolución de la sociedad, de la independencia de las masas y la fuerza de nuestros adversarios capitalistas*. Insistía en que la consecución de esas reivindicaciones mínimas, que importaban *el mejoramiento de la situación del proletariado*, significaban a la vez *una fortificación para la lucha y una garantía para la victoria definitiva*<sup>17</sup>. Estas últimas palabras parecían una desmentida a las acusaciones de los anarquistas contra ellos, a quienes solían denominar “legalitarios” y “adormideras”, porque las reivindicaciones inmediatas no templaban para la obtención de esos fines últimos.

El CIO había elaborado, también, un programa detallado de demandas obreras, que incluía muchas de las que después figurarían en los sucesivos programas socialistas en Argentina y cuyo primer punto era el reclamo del establecimiento de la jornada de ocho horas, que había sido colocado como una cuestión central por las resoluciones del Congreso de París y que ya en la AIT había merecido recomendaciones de convertirlo en un aspecto central de la prédica obrera. Todavía en 1890, en Argentina, la mayoría de las huelgas tenían a los reclamos de incremento de los salarios como consigna principal. Pero, desde 1894, la disminución de la jornada de trabajo irá reemplazándola en el encabezado de los listados de demandas.

En lo concerniente a la jornada de trabajo se reclamaba, asimismo, la imposición del descanso semanal de 36 horas sin interrupciones para todos los trabajadores. Se peticionaba también, la instalación de tribunales integrados por obreros y patrones para soluciones rápidas y gratuitas de los conflictos entre capital y trabajo. El resto de los puntos se referían a la abolición del trabajo nocturno; al trabajo femenino e infantil; a las condiciones de salubridad y a los accidentes laborales<sup>18</sup>.

Aunque en forma larvaria las tácticas desarrolladas por el Vorwärts, primero y por CIO después contenían los elementos principales de lo que sería después la estrategia socialista, que se iría puliendo, no sin contradicciones, a través de sucesivas instancias orgánicas hasta llegar a un grado mayor de coherencia en el congreso constituyente de 1896. En ese sentido, las polémicas con los anarquistas, las de 1888 y las de marzo de 1890, sirvieron como un elemento de afinación estratégica. Si se consideran de conjunto las resoluciones de los socialistas entre 1888 y 1890, se van perfilando lo que después de 1896 quedarían claramente establecidas como dos vías en la construcción de la clase obrera.

Por un lado, la de la lucha de clases a través de formas moderadas de acción directa, representadas por el impulso a las huelgas parciales por objetivos reivindicativos inmediatos. En este aspecto, la inclusión en el programa elaborado por el CIO de formas de negociación entre patrones y obreros,

16 KHÚN Augusto, “Movimiento obrero y socialista” en *Almanaque del trabajo para el año 1918*, Buenos Aires.

17 Idem.

18 Ibídem.



aparecía como una corrección a las resoluciones de la reunión de diciembre de 1888, que las excluían, lo que habido constituido, probablemente, una concesión a los anarquistas, al calor del debate y en la búsqueda de acuerdos. Además, estas nuevas propuestas de concertación se diferenciaban de las que en esa reunión había sostenido el representante de la UIA, porque no imponían la no realización de huelgas como condición para la discusión.

Por otro lado, la construcción de la clase obrera pasaba por el aprendizaje de su intervención en política. En este sentido el hecho de dirigir las demandas obreras al Congreso Nacional estaba anticipando la futura estrategia de participación electoral y parlamentaria, uno de cuyos objetivos principales sería la obtención de una legislación laboral que constituiría otra vía complementaria del proceso de construcción de clase a través de las luchas económicas.

Además, en la propuesta global del CIO estaban contenidas también, la formación de una organización inter-sindical y la publicación de un periódico obrero. El elemento central que faltaba a la estrategia esbozada y que no podía estar, dado el carácter de la convocatoria realizada para el 1° de Mayo, era el partido socialista. Pero, este elemento ausente en esa jornada, aparecería en escena pocos meses después, transformándose en uno de los ejes del debate. En consecuencia, tampoco estaba incluido el que sería luego el camino hacia la adquisición de la ciudadanía por parte de los trabajadores, la naturalización de los extranjeros como vía para la obtención de los derechos políticos.

El desarrollo del acto del 1° de mayo de 1890 y sus repercusiones son conocidos y en todo caso existe una abundante literatura histórica al respecto. No obstante, hay tres aspectos que me parece importante señalar. Primero, como se sabe, los oradores se expresaron en los idiomas de sus países de origen, inaugurando así, una modalidad que se prolongaría durante algunos años. Esto no hacía más que confirmar el carácter de extranjeros de la gran mayoría de los militantes obreros de la época. Como lo recuerda Sebastián Marotta, el cronista de *La Nación* expresó: *Había en la reunión poquísimos argentinos, de lo que me alegro mucho...*<sup>19</sup>. En la misma época, el periódico anarquista de tendencia "antiorganizadora", *El Perseguido*, que sería el más importante de esa filiación durante casi toda la década, publicó el editorial de su número inaugural en castellano, italiano y francés. También en el socialismo se expresarían agrupamientos por nacionalidades extranjeras.

En segundo lugar, el acto puso de relieve el carácter ambiguo de la relación entre anarquistas y socialistas durante toda una época. Ambos concurren al acto, pero en forma separada y con consignas propias y objetivamente los discursos deben haber tenido contenidos polémicos entre sí. En los años siguientes, los anarquistas participarán en minoría en la primera federación obrera, que era orientada por los socialistas. Cuando ésta se extinga, cesarán los vínculos permanentes entre ambos y sólo serán retomados en 1901, cuando nuevamente producto de un acuerdo transitorio, participen en conjunto en la Federación Obrera Argentina (FOA). Además, debe tenerse en cuenta que esas relaciones se daban casi exclusivamente con los anarquistas del sector "organizador" y que la primacía de una vertiente de esa tendencia sobre la otra era fluctuante.

En tercer término, cabe señalar que hasta hace veinte años la historiografía, si bien señalaba la realización de actos en otras ciudades, se centraba en lo ocurrido en Buenos Aires. Investigaciones realizadas desde mediados de la década del ochenta del siglo XX, condujeron a una revalorización de lo

---

19 MAROTTA, Sebastián, op. cit. p. 98.

que ocurría en Rosario. Aceptando las diferencias que impone la variable demográfica, el acto del 1° de Mayo fue de características y relevancia similares.

En esa ciudad se produjo en 1896 la primera huelga general regional del país y desde entonces su movimiento obrero pasó a constituir con Buenos Aires, una suerte de bloque clasista inter-urbano, que hasta 1907 estuvo en la base todas las huelgas. De hecho, hasta esa fecha, una huelga era nacional si paraban Buenos Aires y Rosario. Sin embargo, Buenos Aires continuó ejerciendo en soledad la dirección "intelectual" del movimiento obrero argentino. Después, la repercusión de los acontecimientos rosarinos se relativizó por dos razones: la incorporación activa de los trabajadores de los ingenios azucareros tucumanos y de los de algunas ciudades-puerto del interior incrementaron la dimensión nacional del movimiento y al mismo tiempo, la prosperidad económica y el incremento de los flujos inmigratorios en Rosario y en el sur santafesino disminuyeron temporariamente su alto grado de conflictividad social. En consecuencia, el movimiento obrero de la ciudad no sufrió una derrota de grandes dimensiones como la vivida por el de Buenos Aires con la huelga del Centenario. Es decir, ya desde 1890, Rosario tuvo una evolución similar en grandes líneas a Buenos Aires, pero con notorias diferencias que incidieron en el perfil global del movimiento obrero argentino, cuestión que había escapado a los historiadores del movimiento obrero hasta no hace mucho tiempo.

En particular, la historia política de la ciudad y la de su movimiento obrero presenta cuatro fenómenos, que justifican una consideración especial desde el punto de vista de un estudio de los orígenes del socialismo en Argentina: la proporcionalmente mayor incidencia del anarquismo que en Buenos Aires; una peculiar, en el marco nacional, incidencia del radicalismo entre los trabajadores urbanos; la existencia de un movimiento regional con alguna influencia en los sectores populares, la Liga del Sur y finalmente, las alternativas de la construcción del PS en un escenario claramente diferente al porteño o al del resto del interior<sup>20</sup>.

---

20 FALCÓN, Ricardo, *La Barcelona Argentina. Migrantes, obreros y militantes en Rosario. 1870-1912*, Rosario, Laborde Editor, 2005.